

LA OCUPACIÓN EN LOS VALLES DE YURA Y LOS ALREDEDORES DE POTOSÍ DURANTE LOS PERÍODOS INTERMEDIO TARDÍO E INKA, A LA LUZ DE NUEVOS DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS

Patrice Lecoq

El presente trabajo muestra la ocupación de los valles de Yura y las mesetas de Porco, en la parte septentrional del Departamento de Potosí, Bolivia, durante el Período Intermedio Tardío (1100-1400 d.C.) y en el Horizonte Tardío (1400-1532). Después de introducir las principales fuentes etnohistóricas relacionadas con esta zona minera, se presenta el patrón de asentamiento característico de cada período, así como los principales estilos alfareros locales: Yura, Huruquilla, Chaqui-Condoriri, Chilpe, Caranga, entre otros, para después tratar de entender sus posibles filiaciones culturales y los problemas que conllevan. El análisis de los datos, tanto históricos como arqueológicos, nos permite también plantear algunas hipótesis sobre la organización socioeconómica de esta región antes y después de la conquista Inka, y reflexionar sobre las posibles estrategias que utilizaron los Inkas para ocuparla y desarrollar su economía, especialmente minera, en su beneficio.

THE OCCUPATION OF THE YURA VALLEY AND OF THE SURROUNDINGS OF POTOSÍ DURING THE LATE INTERMEDIATE AND INKA PERIODS, THROUGH THE LIGHT OF NEW ARCHAEOLOGICAL DISCOVERIES

This paper illustrates the occupation of the Yura Valley and the Porco area, localized in the southern part of the Potosí department, Bolivia, during the Late Intermediate Period (AD 1100-1400) and the Late Horizon (AD 1400-1532). In the first part of this work, I introduce the ethnohistorical sources that are linked with this important mining area. In the second part, I describe the archaeological data, including the settlement pattern of the most important sites and the principal styles of local ceramics: Yura, Huruquilla, Chaqui-Condoriri, Chilpe, Caranga, exploring their origins. In the conclusion of this essay, I analyze all the information collected, both historical and archaeological data, in order to better understand, what strategies did the Inka use to conquer this region and control it for its benefit.

Patrice Lecoq: Investigador asociado del Centro de Investigación Archéologie des Amériques, NRS Nanterre, Francia, y docente de Arqueología de América del Sur en la Universidad de Paris 1, Panthéon Sorbonne, Francia. E-mail: patricelecoq@free.fr

La versión relatada por Cobo y otros cronistas acerca de la conquista del territorio Colla por los Inkas, durante la segunda mitad del siglo XV, en tiempo de Pachacutec Inka Yupanqui (1438-1471 d.C.) y de Túpac Inka (1471-1493 d.C.), informa sobre la expansión de la frontera del Imperio sobre una gran parte de los Andes meridionales. Esta conquista provocó una dura resistencia por parte de los señoríos altiplánicos que defendieron sus territorios y, sobre todo, de los diferentes grupos étnicos que conformaban la federación Charcas-

Karakaras (i.e., Charcas, Karakaras, Chuis y Chichas) que ocupaban una porción importante del actual Departamento de Potosí, Bolivia. Finalmente, las tropas Inkas vencieron estos grupos en los valles de Cochabamba y tuvieron que someterse al nuevo orden imperial. Los Inkas empezaron a reorganizar la administración regional, retrazando y construyendo nuevas rutas, tambos y otras infraestructuras administrativas, maximizando la explotación de los recursos locales disponibles, especialmente las riquezas mineras que

provenían de las minas de plata de los centros de Porco y Potosí.

La rendición de los kurakas Charka y su posterior alianza con los Inkas hicieron posible que éstos respetaran a las autoridades y la organización local. Los Charka y los Chicha, en su condición de aliados, participaron en diferentes campañas de expansión Inka. Desde entonces, sirvieron al Imperio como guerreros. Varios datos etnohistóricos (e.g., Abercrombie 1986, 1998; Barnadas 1973; Bouysse-Cassagne 1987, 1997; Del Río 1990; Pärssinen 1992; Platt 1987; Platt et al. 2003) nos brindan también valiosas informaciones sobre la historia pre-Inka de la federación Charka-Karakara, su extensión, su funcionamiento interno y sus posteriores cambios bajo la dominación Inka. Sin embargo, y como lo apuntaba Barnadas ya en 1973 (18-19), es poco lo que se conoce de esta nación, en relación con los grupos de la región del Lago Titicaca y de otras partes de Bolivia y los trabajos arqueológicos que podrían corroborar estas informaciones son todavía muy escasos.

Desde 1994, venimos realizando, de manera sistemática, una serie de prospecciones arqueológicas en la región sur del Departamento de Potosí (Yura, Porco, Betanzos, Caiza D) para identificar los sitios de los Horizontes Temprano (1500 a.C. – 500 d.C.), Medio, (500-1100 d.C.) y del Período Intermedio Tardío (1100-1400), relacionados con la expansión de Tiwanaku y el desarrollo de la federación Charka-Karakara en el sur de Bolivia. Los resultados de estas investigaciones y los métodos utilizados para lograrlos fueron presentados en varios trabajos anteriores (Céspedes y Lecoq 1997; Lecoq y Céspedes 1997a, 1997b). Estas prospecciones nos permitieron también, ubicar varios sitios Inkas, cuyo estudio no formaba parte de nuestras primeras metas. Sin embargo, y para que nuestros datos sean accesibles a otros investigadores especializados sobre el Tawantinsuyu, hemos decidido presentarlos en este ensayo, pese a las pequeñas fallas que podrían existir.

De esta manera, en un primer paso, abordaremos las características geográficas y ecológicas de la zona así como las fuentes etnohistóricas que brindan informaciones con referencia a la federación Charka-Karakara. En una segunda etapa, expondremos los datos arqueológicos acerca del Período Intermedio Tardío y de la ocupación Inka (nos parece difícil dissociar estos dos períodos, pues los fenómenos sociales que conllevan están estrechamente vinculados entre sí, así como lo es su cultura material). Para concluir, plantearemos algunas hipótesis sobre

la historia de la zona de Yura y Porco después de la conquista Inka, a la lectura de los datos históricos y arqueológicos.

Apuntes geográficos e históricos

Características geográficas de la zona estudiada

La región de estudio (Figura 1) es una de las provincias más accidentadas y altas de Bolivia. Está ubicada alrededor de la Ciudad de Potosí y corresponde a la vertiente oriental de la Cadena de los Frailes o sección Central de la gran Cordillera Real que delimita con el altiplano por el oeste. Esta región está constituida por distintos macizos, de los cuales se destacan el cerro de Turquí (4930 msnm) y el nudo de Potosí, cerca del cual se eleva el famoso Cerro Rico (4830 msnm). Estas montañas están enclavadas por valles altos, cuyas altitudes oscilan entre los 2800 y los 3000 msnm, recogidas por profundas quebradas estacionales. Los ríos más sobresalientes son los de Agua de Castilla y San Juan al norte y los de Yura y Titicaca al noreste y al oeste; convergiendo todos ellos, en los ríos Toropalca y Tumusla (afluentes del Río Pilcomayo y del Río de La Plata) ubicados hacia el sur. Una vasta planicie, de cerca de 4000 msnm, ocupa el sector oriental (Betanzos y Puna) y desciende progresivamente hacia el este o el sudoeste, formando valles intermedios templados o semi-tropicales, de 2800-2000 msnm, regados por grandes quebradas como las de Puna y de Miculpaya por el norte o los ríos de Caiza, Vitichi, Calcha o San Lucas por el sur (Monografía de Bolivia 1975; Muñoz Reyes 1980).

Todas estas regiones se caracterizan por tener un clima frío, seco y ventoso en altitud, con lluvias dispersas de diciembre a marzo y temperaturas medias del orden de 8 a 10 grados, suavizadas en los valles orientales (Caiza D, Calcha) y meridionales (Camargo) más húmedos y calientes (14-15 grados; Sherif 1979).

La vegetación muestra una gran variedad de especies de las cuales se destacan el *ichu* (*Stipa ichu*), la thola (*Baccharis thola*), la *quewiña* (*Polylepis tomentella*) y la yareta (*Yareta paco* y *Glebaria bolx*) en las mesetas de altura. En los valles más fértiles (Titicaca, Yura) se cultiva papa (*Solanum tuberosum*), oca (*Oxalis tuberosa*), papa lisa (*Ollucus tuberosum*), quinua (*Chenopodium quinoa*), maíz (*Zea mays*) y algunas frutas. La fauna es rica en animales de diversas especies, de las cuales se destacan las llamas (*Lama glama*), utilizadas como bestias de carga y por sus productos derivados, vizcachas (*Lagidium viscacia*) y numerosos pájaros y aves

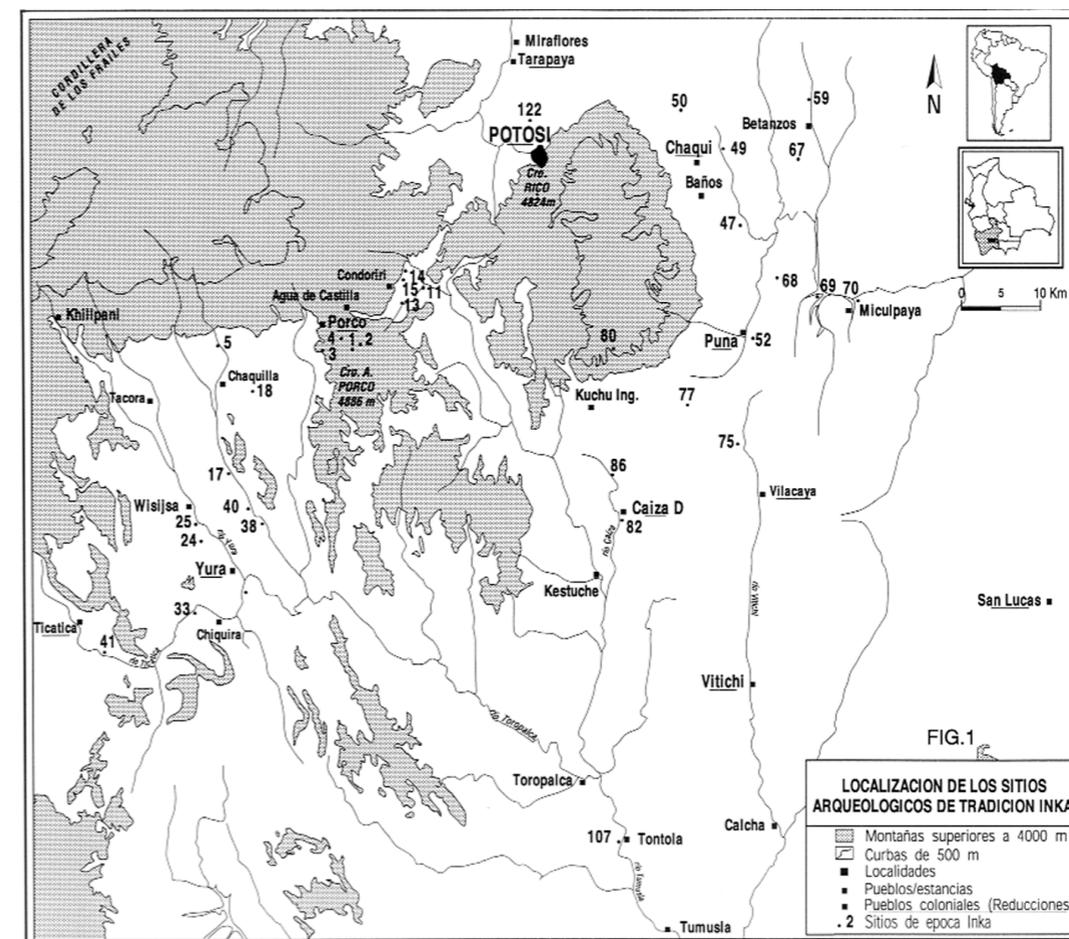


Figura 1. Región de estudio con la localización de los sitios arqueológicos de tradición Inka (Departamento de Potosí, Bolivia).

acuáticas. Toda esta región forma parte de los territorios productores de plata, estaño y, en menor escala cobre, más importantes de Bolivia.

Las fuentes históricas

Varios datos nos informan sobre la historia de la federación Charka-Karakara que ocupaba las actuales provincias potosinas de Chayanta, Tomás Frías, Saavedra, Quijarro y Linares antes de la conquista Inka. Como lo apunta Gisbert y sus colaboradoras (1987:253) “la noticia más antigua la proporciona Cobo, cuando nos explica que los pueblos de los Charcas: Kara Karas, Yamparaes, Carangas, Chichas y Charcas propiamente dicho, se refugiaron en Oroncota, antes de la invasión Inkaica, dispuestos a resistir y no bajar de aquellos riscos”. Abercrombie (1998), Barnadas (1973: Caps. 1-2), Bouysse-Cassagne (1987), Del Río (1990), Pärssinen (1992) y varios otros autores analizan y completan estas interpretaciones a partir de otras fuentes. Una de ellas es el “Memorial de Charcas”, el cual sugiere que desde tiempos muy antiguos, tenía vigencia un pacto entre los pueblos Charcas

reunidos en una confederación que comprendía a: Charcas, Carangas, Chuis y Chichas, los que estaban relacionados con los Carangas y los Yamparaes. Bouysse-Cassagne (1978), Espinoza Soriano (1981) y Abercrombie (1998), indican que esta federación pertenecía al Urcosuyo, es decir a los pueblos que vivían en las altas mesetas y en las cimas de los cerros. Su jurisdicción territorial abarcó ocho asentamientos que el Virrey Francisco Toledo redujo en 13 poblados. Varios de ellos: Chaqui, Visijsa (Yura), Caiza, Tacobamba, Talavera de la Puna, correspondían en la jurisdicción colonial, al corregimiento de Porco, en la zona estudiada. Según Rasnake (1989) y Abercrombie (1998:299, 449), Wisijsa (actual pueblo de Yura) era la antigua capital del grupo del mismo nombre. Puna era un enclave de grupos Sevaruyo-Haracapis que pertenecían a la federación Quillacas-Asanaques estudiada por Espinoza Soriano (1981), Abercrombie (1986, 1998: Cap. 2) y reanalizada por Van Buren (1999), cuyo territorio nuclear estaba ubicado al norte del Salar de Uyuni, alrededor del pueblo epónimo de Quillacas (Dpto. de Oruro). Muy cerca de Puna, se encontraba otro enclave de grupos

Pacajes. De hecho, los diversos grupos que formaban parte de esta federación estaban fuertemente mezclados entre sí.

Los trabajos de Platt (1987), Bouysse-Cassagne (1987), Abercrombie (1998) y Platt y sus colaboradores (2003) detallan la composición étnica y la estructura de esta federación. Estaba organizada en varios niveles (*Ayllus* mayores y *Ayllus* menores) que se dividían a su vez en mitades. Los de arriba (mitad superior *Aransaya* o *Alaxsaya*) y de abajo (mitad inferior *Urumsaya* o *Maqhasaya*) tenían una organización de carácter dual y segmentaria, que abarcaba espacios continuos y discontinuos desde la puna altiplánica hasta los valles interandinos, en los departamentos de Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y parte de Tarija. Por su lado, Rasnake (1989) documenta la historia del grupo Wisijsa hasta el Período colonial y Soto Quiroz (2000) nos brinda una síntesis de la transformación de los *ayllus* de la Provincia Quijarro en Potosí desde la Colonia hasta la época republicana.

En cuanto al cerro de Porco, sabemos que fue reducción y doctrina después de la conquista española y estaba encomendado a Gonzalo Pizarro. Asimismo, era el gran repositorio minero de plata con el que los Karakara pagaban su tributo al Inka. Bouysse-Cassagne (1997; Platt et al. 2003) y Abercrombie (1998:267, 435) indican que Porco era también una *huaca* importante, en la cual había cinco ídolos, uno llamado Porco de metal tacaña, a devoción del Cerro Porco, representados por tres piedras de plata, probables trasuntos de los tres Apus-Porco, Hyana-Porco y el que los españoles llamaron Colorado. Esta devoción al cerro de Porco se repite en territorio de los Yuras y de la nación Karakara que adoraban al Cerro Rico de Potosí. Los mismos investigadores y varios otros como Barnadas (1973:Cap. 1) y Pärssinen (1992:120-123) indican que los Inkas conquistaron la federación Charka-Karakara en tiempo de Inka Pachacuti y se aliaron con los Charka y Chicha quienes sirvieron como guerreros.

Es muy probable entonces, que los Inkas ocuparon esta región para poder controlar sus recursos naturales —especialmente la plata— y explotarlos a sus beneficios. Recordamos que el Distrito de Porco, y por ende el territorio Karakara, es básicamente minero y existen vetas de cobre y otras de caparrosa (sulfato de cobre) y alumbre. Por su parte, Caiza se encuentra cerca de las cordilleras de Andacaraca y Montequepi, y Gisbert y sus colaboradoras (1987) nos dicen que los naturales sacaban oro y plata de esta área. A un nivel general, Bouysse-Cassagne

(1987:324) nos indica que “los cambios introducidos por el Imperio Inka y que afectaron profundamente las estructuras de los señoríos, son en primer lugar de orden administrativo: creación de centros administrativos, reagrupación de población, introducción de divisiones decimales (para el cálculo del impuesto y la evaluación de la población). Estas reformas condujeron hacia una homogeneización en función de las exigencias de la política tributaria imperial y de las guerras”. Sin embargo, esta autora, no precisa en su trabajo, de qué forma se estableció la ocupación Inka en la región, ni cómo se caracterizó la resistencia de los grupos locales precedentes, en caso de que hubiera habido tal resistencia.

La información arqueológica y los problemas que conlleva

Desde algunos años, varios arqueólogos se han estado dedicando al estudio de la expansión Inka en los Andes meridionales (e.g., Rafino et al. 1986; D’Altroy 1992; D’Altroy et al. 1998; Lorandi et al. 1992; Stanish 1992; Pärssinen 1992, 2000; Pärssinen y Siiriäinen 1997; Meyers 1997, 2000; Hayashida 1998; Ruiz 1998). A una escala más regional y que se relaciona más con nuestra zona de estudio, citaremos los trabajos de Hesley (1986) sobre el norte Potosí, de Albarracin-Jordan y Mathews (1990) sobre los asentamientos Pacajes en los valles de Tiwanaku y sus alrededores, de Michel (1999, 2000, 2001) sobre la región Caranga, de Angelo (1999a, 1999b) y Angelo y Capriles (1999) sobre las poblaciones Chicha, de Nielsen (1991, 1998, 1999) sobre Lípez y el norte de Argentina, y de Meyers (1997, 2000), Alconini (1996, 2002) o Marulanda (2003) sobre la frontera Inka al este y sudeste del territorio boliviano actual. Estos datos muestran que los Inka trataron de constituir en varias partes del territorio que ellos iban conquistando, una fuerte base tanto administrativa como militar, para poder garantizar su expansión hacia las regionales meridionales de los Andes.

Sabemos, por ejemplo, que los Inkas trataron de ocupar los sitios estratégicos, las altas cumbres de los cerros desde donde se domina el paisaje, los lugares de producción agrícola y minera, los ejes de comunicación y de intercambio como ríos y caminos, para poder controlar así la circulación de la población y sus bienes, construyendo todo un conjunto de instalaciones claves para su bienestar e implantando *mitimaes* de agricultores o artesanos en varias zonas para explotarlas (D’Altroy et al. 1998; Hayashida 1998).

En cuanto a la explotación minera, Berthelot

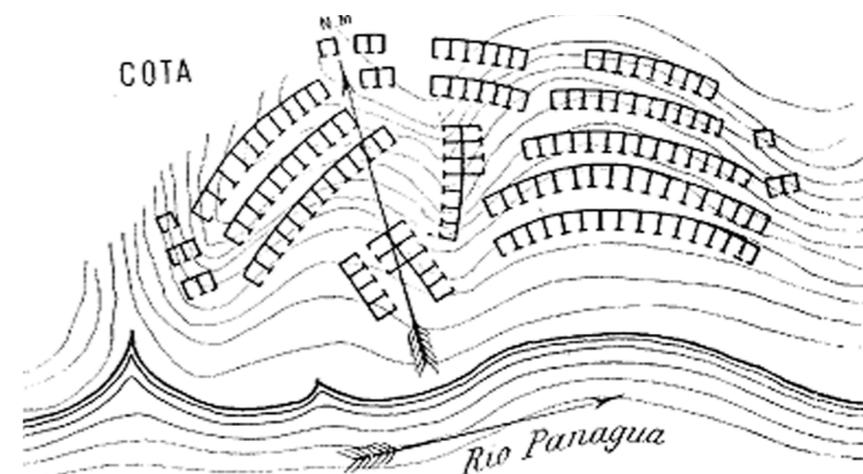


Figura 2. El sitio de “Río Panagua”, según Chervin (1908:128).

(1978:963) nos dice que los Inkas desplazaron las poblaciones para extraer los metales preciosos y asignaron como tributos, a los indios de la regiones ricas en oro o plata, la mita en las minas e hicieron grandes trabajos para facilitar la explotación de estas minas, utilizando las mejores técnicas para asegurarse el mejor rendimiento; controlaron la explotación, el abastecimiento y el trabajo de los metales preciosos.

Sin embargo, no sabemos cuáles fueron las modalidades exactas de esta expansión en la zona de Potosí, ni si los datos arqueológicos podrían ayudarnos a comprobarlas. Nos preguntamos entonces ¿Qué tipo de vestigios materiales nos dejaron los Inka?, ¿Cuál fue su política?, ¿Utilizaron un mismo patrón de asentamiento?, ¿Reocuparon antiguos sitios o buscaron otros lugares estratégicos y en este caso, donde estaban ubicados? Se supone que edificaron caminos, tambos y muchas otras infraestructuras administrativas ¿Existen aún restos de éstas?, ¿Existen cambios, transformaciones o rupturas en la cultura material y particularmente en la cerámica?

Los datos arqueológicos

Tres prospecciones sistemáticas realizadas entre 1995 y 1996, en el marco del Proyecto Arqueológico “Potosí”¹, nos permitieron ubicar 120 sitios (Lecoq y Céspedes 1997a, 1997b; Figura 1). Treinta de estos sitios corresponden al Período Intermedio Tardío y 31 al Período Tardío-Inka². Varios sitios Inka fueron ubicados posteriormente por otros investigadores en las cercanías de la ciudad de Potosí, como Pablo Cruz (doctorante en la Universidad de París I) y Sergio Fidel (Universidad Autónoma Tomás Frías, Potosí). Por otro lado, 78 sitios fueron registrados por Van Buren (2003) interesada principalmente en el período de contacto hispano-

indígena en Porco y Tarapaya (Van Buren 1999).

Una reseña de la ocupación regional durante el Período Intermedio Tardío

El patrón de asentamiento del Período Intermedio Tardío nos ofrece un interesante panorama de la región justo antes de la Conquista Inka y nos permite entender los posibles cambios que conllevó ésta. Casi todos los sitios tienden a concentrarse alrededor de las fuentes de agua y de los ríos, abarcando además, todas las zonas ecológicas disponibles. Los sitios más tardíos se desplazan en la cima de los cerros y los puntos estratégicos, a partir de los cuales se puede controlar las principales vías de acceso. En la mayoría de los casos, se trata de grandes aglomeraciones, a veces defensivas o *pucarás* que muestran los restos, usualmente en ruinas, de varios tipos de estructuras de piedra, ubicadas sobre terrazas, como viviendas de planta rectangular (3 x 5 m en promedio), con techo a dos aguas y restos derrumbados de pequeñas torres de planta cuadrada o circular, muy parecidas a los graneros o *collcas* de la zona intersalar (Lecoq 1999). Varios sitios se caracterizan por la presencia de otros tipos de graneros: de planta cuadrada, de 1 m², alineados en filas de 3, 4 o más, a lo largo de las terrazas, o adosados de 2 en 2 o de 4 en 4, especialmente en las partes altas de los sitios donde el viento sopla con más fuerza. Algunas de estas estructuras conservan todavía un techo hecho de una laja de piedra asemejándolas a pequeños nichos, como en el caso del sitio No. 48 de Ticatica o el sitio del “Río Panagua” descrito por Chervin en 1908 (Figura 2).

Estas estructuras son típicas de esta zona, y se diferencian de las *collcas* de forma circular por su tamaño más pequeño, y su forma cuadrangular. Parecen ser más tardías y muchas veces, se

encuentran en sitios relacionados con cerámica Inka. En Ticatica, varias de ellas han sido reutilizadas como tumbas, debido seguramente a la estrecha relación simbólica que unen los silos subterráneos o *piruas* y las *collcas* con las *chullpas* (Lecoq 1999:165).

Muy a menudo, estos sitios están asociados con yacimientos anexos muy variados: corrales, pequeños muros de fortificación ubicados en las partes bajas de las laderas, necrópolis –siempre localizadas cerca del pueblo– terrazas agrícolas con antiguos canales de irrigación. Las necrópolis suelen estar ubicadas cerca de un río o riachuelo, fuera de los límites del pueblo, y se caracterizan por tener inhumaciones simples o múltiples, en cistas o en pequeñas construcciones edificadas en forma de *chullpa*, debajo de los abrigos de roca, y que fueron ampliamente descritas por Ibarra Grasso (1965), antes de que fueran totalmente saqueadas.

Todos estos sitios tienen muchas similitudes con los asentamientos contemporáneos de las zonas del altiplano meridional de Bolivia o del norte de Chile y de Argentina (e.g., Castro et al. 1977; Hidalgo et al. 1989; Lecoq 1999).

El material más significativo se asemeja mucho a las formas del periodo anterior (Figura 3). Se utilizan grandes jarras y cántaros globulares utilitarios, con fondo plano para preparar y guardar alimentos, cuencos en forma de campana invertida, pucos y escudillas. Gran parte de la decoración que presenta este material es de estilo “Yura” (Ibarra Grasso 1965; Ibarra Grasso y Querejazu Lewis 1986), o “Yura Poligonal” (Lecoq y Céspedes 1997a) caracterizado por líneas negras con zigzags, alternando con formas triangulares adornadas a su vez con puntos o cruces, o diseños geométricos, con un motivo que se aproxima a la letra “E” de imprenta, y presenta muchos variantes según las zonas (Figura 3:1-2). La variante con un fondo gris fue catalogada por Ibarra Grasso y Querejazu Lewis (1986) como material “Uruquilla”, utilizando el mismo nombre que uno de los grupos étnicos (y el idioma Uruquilla) que pertenecía a la federación Quillacas-Asanaques ubicada en la zona intersalar y descrita por Espinoza Soriano (1981). Sin embargo, este estilo, que decidimos llamar “Yura Sobre Gris” (Céspedes y Lecoq 1997; Lecoq 1999:195; Lecoq y Céspedes 1997a) para disociarlo del grupo étnico al cual no pertenece, es típico de las regiones orientales (Vitichi) y meridionales (Caiza, Toropalca, Calcha y Camargo) de Potosí, y muestra una mayor dispersión en la fase final del Período Intermedio Tardío³.

Casi todas las formas tardías presentan signos de un posible deterioro de los estilos originales, caracterizado por una simplificación de los diseños. Se nota la aparición de nuevas decoraciones, por ejemplo, motivos en formas foliáceas y grandes “S”, pintados en negro sobre el fondo natural de la vasija (Figura 3:4) que se asemejan mucho a las decoraciones del estilo Ciaco de Cochabamba, fechado, más o menos, de la misma época y de los inicios del Período Tardío-Inka (Céspedes 1982).

Es también en el curso de esta época que las regiones altas de Porco parecen conocer una ocupación notable, ciertamente ligada a la explotación, a pequeña escala, de las riquezas mineras (plata) de Cerro Porco y de sus alrededores, sin que sea posible afirmarlo por la falta de datos arqueológicos. Asimismo, los únicos sitios de esta época registrados cerca de Porco (Nos. 1-4, 11, 14) son aldeas o restos de viviendas que no nos informan sobre las técnicas de extracción del mineral que fueron utilizadas, ni tampoco sobre su antigüedad. Van Buren (2003; Este Volumen) realizó una observación similar después de realizar una prospección sistemática y detallada de esta zona⁴.

Los pueblos de esta región solían ocupar lugares estratégicos en el relieve, dominando visualmente una vasta superficie. Los sitios presentan algunas características recurrentes, por ejemplo, un acceso difícil, paredes de fortificación, presencia de corrales, etc., asemejándose a las de las aldeas de otras regiones de Bolivia mejor documentadas (Lecoq 1999; Michel 2000; Nielsen 1998, 1999), entre muchos más autores. La alfarería de esta zona y de los alrededores de Condoriri (al noroeste de Porco), pertenece a los estilos “Yura” y “Chaquí”, según Ibarra Grasso (1965) y “Chaqui-Condoriri”, según nosotros (Lecoq y Céspedes 1997b). Se trata de un estilo que se caracteriza por tener largas bandas horizontales o verticales pintadas en rojo sobre el fondo natural de la pasta de color gris o blanco (Figura 3).

La presencia en esta zona, de tantos pueblos contemporáneos con el mismo patrón de asentamiento, parece reflejar una misma organización socio-política y económica. No cabe duda que los habitantes de todo esta región controlaban perfectamente los recursos regionales: la agricultura (esencialmente del maíz) en los valles, los minerales (plata y cobre) alrededor de Cerro Porco y los ejes de intercambio

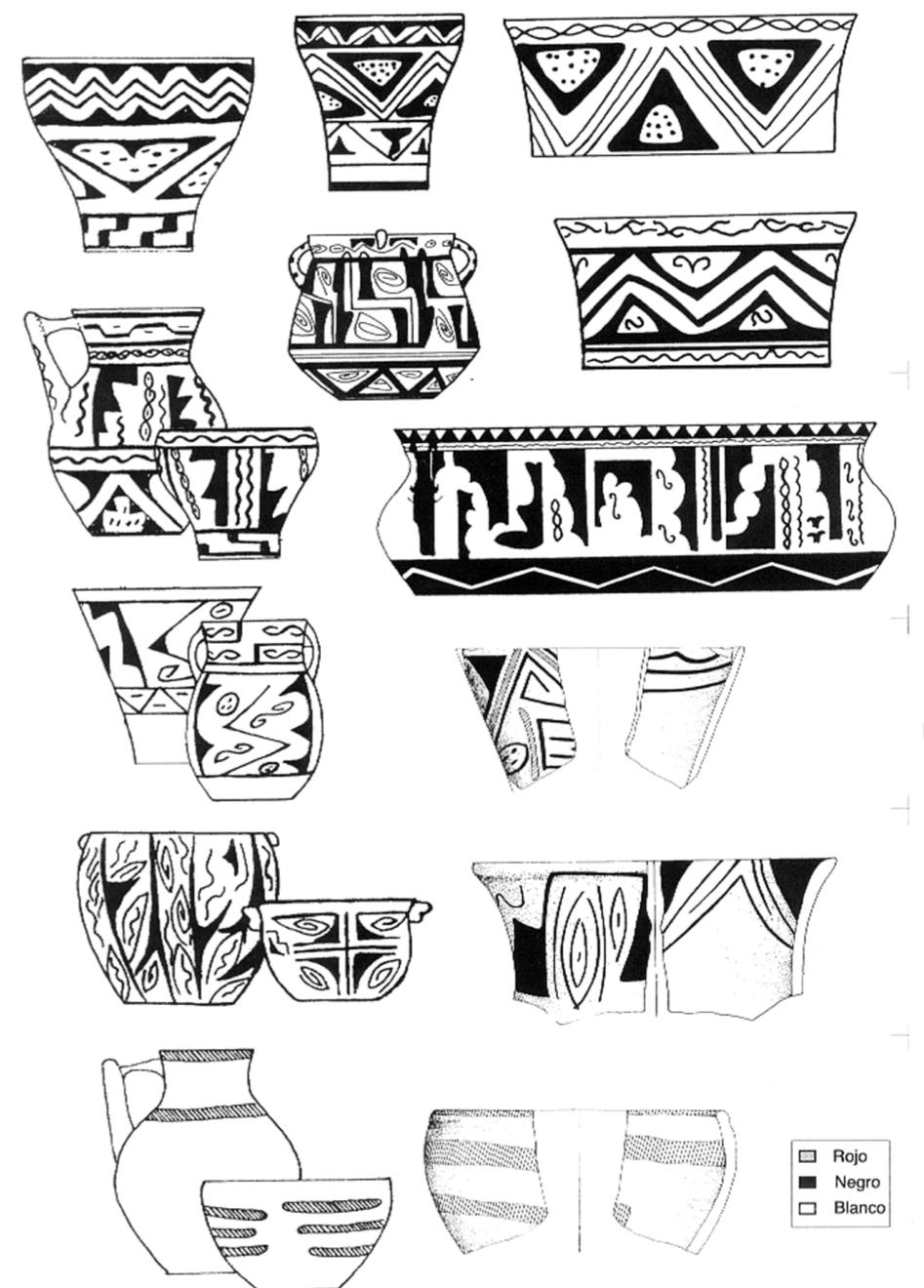


Figura 3. Material cerámico del Horizonte Medio y del Período Intermedio Tardío en la región de estudio. Cerámica de estilos: (I) Yura Poligonal, (II) Yura Geométrico, (III) Ticatica-Puqui, (IV) Yura Foliáceo, y (V) Chaquí. Sin escalas y según Lecoq y Céspedes (1997).

interregionales. Igualmente, estos ejes facilitaron la difusión de las ideas y de las técnicas. Es muy probable que este dinamismo formó parte, a una escala regional, del sistema de movilidad giratoria (Núñez y Dillehay 1995) mediante el cual “cada aldea formaba uno de los eslabones de la vasta cadena productiva, la cual ponía en contacto las comunidades o los grupos que pertenecían tanto a la misma región como a distintas ecozonas y presentaban una gran diversidad de

organizaciones socio-políticas”, diversidad que se podría reflejar en los distintos estilos alfareros. En efecto, cada valle y sub-valle de la zona de Yura tiene una cerámica distinta, con características propias, que se relacionan con el estilo Yura y que se deberían analizar en detalle para entender cuál ha sido el proceso de su elaboración. Creemos que se desarrolló mediante los contactos con los llameros que recorrían la zona en el curso del año, siendo ellos los vectores

de esta difusión. Es probable que cada uno lleve con él y en la cerámica que estaba utilizando, las características de su familia o de su lugar de origen, contribuyendo así a su difusión en una área cultural mucho más amplia, según un proceso muy bien descrito por Browman (1974, 1998) y Núñez y sus colaboradores (1975). No obstante, la difusión geográfica de la cerámica de estilo “Yura” parece corresponder a los límites del territorio Wisijsa tal como aparece en la lectura de los cronistas⁵.

Lastimosamente, la pequeña cantidad de sitios ubicados en los alrededores de Porco y su carácter exclusivamente habitacional, y no minero, no corresponden al cuadro que nos brindan las fuentes etnohistóricas acerca de la mina de Porco (siendo la más importante de todo el sur del Collao). Sin embargo, hay que preguntarnos qué tipo de evidencias arqueológicas podrían relacionarse con la explotación de un sitio minero prehispánico, y a qué clase de actividades podrían corresponder exactamente. ¿Son acaso las bocaminas y las *huayrachinas* las únicas pruebas de actividad minera? En su trabajo sobre la explotación minera del norte del Lago Titicaca en la época Inka, Berthelot (1978) distingue dos tipos de minas: las del Inka, en parte centralizadas, que eran explotadas por la población local apoyada por algunas familias de *mitimaes*, y las minas comunitarias, dispersas en los cerros. En el primer caso, se extraía el mineral de unas bocaminas o pequeños socavones oscuros y mal ventilados, excavados a poca profundidad. Limpiándose el mineral con el agua traída de algunas lagunas, mediante una red de acequias. Varios inspectores, al servicio del Inka, controlaban la producción de cada mina, impidiendo el robo del mineral por los trabajadores, transportándose el mineral hasta el Cuzco, mediante caravanas de llamas. En el segundo caso, comunitario, y que probablemente fue el que primó en Porco antes de la conquista Inka, se recogía el mineral en superficie y en pequeños pozos del tamaño de un hombre, que se abandonaban una vez que no se podía trabajar más. El kuraka local era dueño de la producción.

Sin embargo, vemos que en ambos casos, esta actividad se asemeja a una recolección de superficie que no requiere altas técnicas y en Porco, no encontramos restos arqueológicos de esta actividad a parte de las bocaminas y de las *huayrachinas* que no podemos fechar. En efecto, y como lo plantea Pablo Cruz (Com. Pers. 2003) “En los Andes no hay ‘sitios mineros’ prehispánicos propiamente dichos, en el sentido europeo de la palabra; hay minas, hay *huayrachinas*, pero no existe una frontera

marcada, como en Europa, entre el mundo ‘técnico’ de la producción y el mundo ‘doméstico’ de los trabajadores con sus pueblos específicos ubicados cerca de las minas”. No hay que olvidar tampoco el carácter sagrado que tenían los metales como el oro, la plata o el mercurio. Como lo muestra Berthelot (1978:958), no se trataba solamente de bienes utilitarios, sino de bienes fuertemente cargados de simbolismo, de tal modo que podría entonces resultar inútil buscar sitios de producción dentro de una concepción occidental de producción, sino que habría que buscar otros parámetros que aún no han sido planteados.

No disponemos tampoco de los indicios arqueológicos necesarios para poder determinar la estructura social o la composición étnica de la población del grupo Karakara y de la población relacionada con la explotación minera. No podemos verificar la presencia de *mitimaes* Sevaruyu, Haracapis y Huruquillas del señorío Quillacas cerca de Puna, al este de Potosí, citadas en las fuentes históricas. Por el contrario, estas zonas específicas presentan muy pocos sitios arqueológicos. Es muy probable que estos grupos –si se encontraban efectivamente implantados en este lugar– hayan adoptado el mismo modo de vida y utilizaron la misma cerámica –Yura– que sus vecinos locales.

En cuanto a las regiones meridionales de Caiza D y Toropalca, las fuentes históricas nos indican que estaban ocupadas, en esta época, por el grupo Chicha, asociado con los Charka (Barragán 1994; Fernández 1978; Martínez 1998), y recientemente estudiado por Angelo (1999a, 1999b) y Angelo y Capriles (1999) desde el punto de vista arqueológico. Sin embargo, los valles de Calcha, Vitichi y San Lucas, que hemos prospectado, poseen una alfarería de estilo derivado del Yura, con decoraciones pintadas en negro sobre un fondo gris (Yura-Huruquilla), aunque aparentado con el estilo Yavi-Chichas que se encuentra más al sur, estudiado por Krapovickas (1973), Krapovikas y Aleksandrowicz, (1987) y nosotros (Lecoq 2001). Se destaca también una alfarería corrugada, de color gris, típica de los estilos de los llanos tropicales.

El Periodo Tardío y la ocupación Inka

Alrededor del 1450 d.C., según las fuentes históricas, toda la región pasa bajo el control de los Inkas. Los 31 sitios de tradición Inka que fueron registrados en el curso de nuestras prospecciones y el material que recogimos, nos proporcionan varios datos sobre su ocupación en esta zona⁶. En la mayoría de los casos, hemos

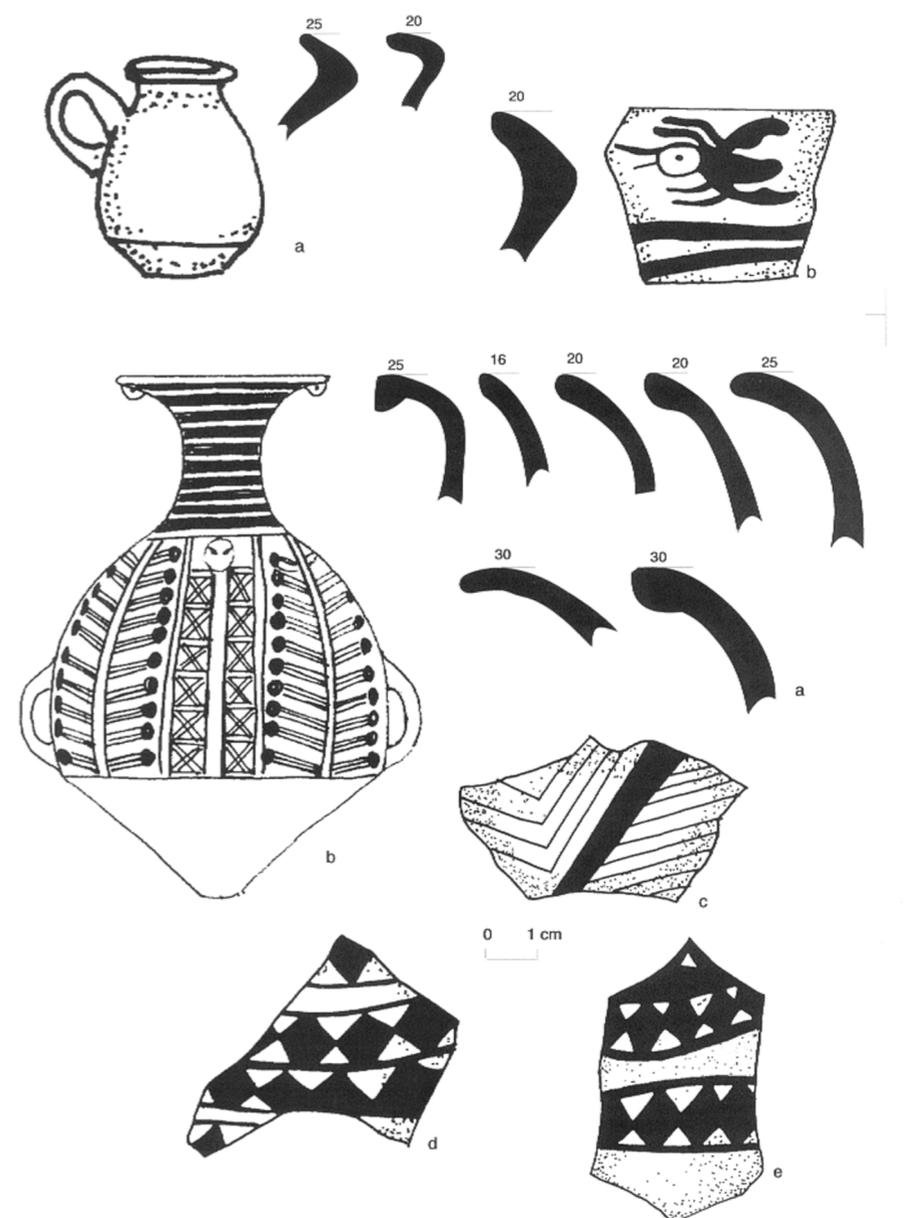


Figura 4. Recipientes cerrados del Período Inka. (I) Fragmentos de olla de Forma A: a) cuellos y forma típica, b) fragmento de estilo Inka Lupaca; y (II) Fragmentos de aríbalos de Forma C: a) Cuello y forma típica, b-e) fragmentos de estilo Inka Cuzqueño (e tomado de Céspedes 1982).

clasificado los indicadores de la presencia Inka en dos grandes grupos que describimos a continuación (ver Tabla 1).

Vestigios inkaicos ubicados en sitios de tradición local. (Presentes incluso en sitios formativos). A su vez, estos sitios pueden ser catalogados como: a) asentamientos conglomerados con restos de estructuras o viviendas reutilizadas por los Inkas; b) estructuras aisladas: restos de una o dos viviendas; c) andenes de cultivos sin estructuras habitacionales asociadas, pero con cerámica Inka. En estos sitios con arquitectura, la influencia Inka sobre la arquitectura local

parece inexistente; construyeron sus edificios en medio de las estructuras antiguas. En cuanto a la reutilización de sitios formativos por los Inka, no es algo raro en Bolivia. Por una parte, muestra que los Inkas trataron de ocupar todo el espacio disponible que podían aprovechar, y por otra, y como lo propone Condarco (2001), “podría tener algún sentido ritual, como si los Inkas hubieran querido brindar ritos a sus antepasados, como actualmente se siguen realizando en algunos lugares”. En efecto, la alfarería formativa e Inka tiene muchas similitudes en sus formas y decoración –especialmente grandes ánforas pintadas de rojo oscuro– que podría explicar esta

preferencia, sin que sea posible comprobarlo a partir de los datos arqueológicos. Es más probable que los Inkas reocuparon estos asentamientos para aprovechar así todos los nichos ecológicos posibles.

Instalaciones Inka "clásicas". Con la presencia de restos de arquitectura de clara filiación Inka, según la nomenclatura de Morris (1971), Kendal (1976) y Gasparini y sus colaboradores (1980). Por ejemplo, sitios edificados en este período para desempeñar funciones relacionadas con el dominio imperial de la región, y aquellos que sólo cuentan con artefactos de este origen.

Desafortunadamente, la imposibilidad de realizar excavaciones en estos sitios nos impidió conocer su función exacta. En comparación con los asentamientos Inkas de otras zonas de los Andes mejor conocidas desde el punto de vista arqueológico como las que hemos presentado en los inicios de este trabajo, es probable que otros sitios y/o instalaciones de carácter administrativo, comercial (tambos, carreteras), o ritual (templos o santuarios de altura), hayan sido construidas en esta región.

El patrón de asentamiento en el área estudiada

La dispersión de los sitios Inkas en esta región meridional de Bolivia, parece indicar que los mismos trataron de controlar las zonas de producción agrícola y minera así como los grandes ejes caravaneros utilizados por los llameros durante sus trueques intercológicos (Lecoq 1987). La ocupación Inka se manifiesta, con más frecuencia, en 3 lugares específicos: (1) los valles templados del río Yura y sus afluentes, (2) las mesetas de Potosí, y (3) las mesetas y cabeceras de los valles orientales de Betanzos, Chaqui, Caiza D, Toropalca (Figura 1).

Las ricas zonas de valles del Río Yura

En estos valles, donde se cultiva el maíz, los sitios están ubicados en las vertientes de las montañas y en las colinas, cerca de los ríos o en las confluencias de dos ríos (*tinkus*), en los valles más fértiles (como en los casos de los sitios Nos. 6, 17-40, 24 y 41). Muy a menudo, estas quebradas han sido utilizadas (y lo siguen siendo) como "corredores de transporte" o como ejes caravaneros ya que su posición estratégica permite controlar el acceso hacia otras zonas.

En la actualidad, los llameros utilizan estas rutas en su viaje de trueque anual hacia los salares del occidente (e.g., Uyuni, Empexas, Coipasa) o los valles orientales de Chuquisaca, Tarija o del norte

argentino. Aprovechan los meses de invierno –de junio a agosto, cuando los ríos están casi secos– para viajar en dirección de las cabeceras de valles de Caiza, Vitichi, Toropalca y hacia los valles orientales de Tarija al sur o Chuquisaca al norte (Lecoq 1987). Varios sitios hubieran podido ser asociados con estos ejes. Los sitios Nos. 5 y 18, por ejemplo, son pequeños campos de cultivo con restos de estructuras (viviendas en ruinas) y varios fragmentos de cerámica, ubicados en uno de los principales caminos caravaneros hacia Porco y los valles orientales de Chuquisaca; las referidas estructuras podrían tratarse de galpones o pequeños tambos.

El sitio más importante de la zona es el No. 25 o Wisijsa. Se trata de un terraplén de casi 2 ha de extensión, que muestra los restos de numerosos recintos típicamente inkaicos, de distintos tamaños, totalmente arruinados por la construcción de la nueva carretera que une Potosí con Uyuni (las piedras de este sitio fueron utilizadas como materia prima en la construcción del mismo). El sitio está ubicado a 3 km al noroeste de Yura, en las altas vertientes occidentales del Río Yura, al pie de un gran macizo de roca inclinado hacia el sur, encima del cual se encuentra otro sitio (No. 27) del Período Formativo. El camino de acceso de Potosí a Uyuni, que fue abierto en los años 90, corta el sitio en dos sectores: este y oeste, con una prolongación al norte.

El sector oeste conserva aún tres grandes estructuras, diseminadas de ambos lados de un sendero que fue utilizado para extraer las rocas: la primera, al noroeste, la segunda justo debajo, un poco más al sur, y la tercera, del otro lado del sendero, a unos 20 m al este. Cada construcción parece haber sido orientada al este (su mal estado de conservación no permite confirmarlo); mide 5 x 15 m, y tiene paredes dobles, de 1 m de espesor, muy bien labradas, con piedra arenisca.

El sector este reúne una docena de estructuras más pequeñas, de planta rectangular (de más o menos 2 x 5 m) con paredes dobles, de un espesor de 45 a 50 cm. Algunas conservan aún su puerta, orientada al este o noreste, de 50 cm, que es típica de las viviendas pre-Inka de la región.

El sector norte muestra los restos de dos conjuntos de silos. Se trata de pequeñas estructuras o nichos de 1 m², adosadas de 4 en 4, y orientadas al Este, similares a las que hemos descrito más arriba para Títicaca. Todo este sector fue en parte destruido por la instalación de un enorme poste de electricidad que abastece la ciudad de Uyuni.

Tabla 1. Sitios Inkas, tipos, cronología y tradiciones cerámicas asociadas.

N°	NOMBRE DEL SITIO	LUGAR de ubicación	EPOCAS						TIPO	TRADICION			
			1	2	3	4	5	6		A	B	C	D
1	Cementerio (Porco)	Porco							T				
2	Cerro San Crisobal	Porco							E.A				
3	Chaicurani	Porco							A				
4	Antiguo Porco	Porco							P				
5	Chirata Casa	Porco							E.A				
11	Pucara Loma	Agua de Castilla							E.A				
13	Chulpa Khasa	Condoriri							C. E.A				
14	Charipunta	Condoriri							T				
15	Pucara de Mancara	Condoriri							P				
17	Chullpa Kuchu	Tauro							P				
18	Chullpa Khasa	Chaquilla							P				
24	Taujuyo	Charcoya-Yura							S.A				
25	Chullpa Khasa	Wisijsa-Yura							P				
33	Ayari Ester	Chiquira							C				
38	Vistira	Vistira-Yura							P				
40	Chullpa Mokho	Vistira							E.A				
41	Chullpa Loma	Titacica							P				
47	Cantuyo	Chaqui							C				
49	Uscara Loma a.	Chaqui							C				
50	Chullpa Pata	Chaqui							C				
52	Puna Lacaya	Chaqui							C				
58	Sorapata Loma	Betanzos							C				
67	Ricon Cuchu	Betanzos							C				
68	Cawinchina Pampa	Puna							C				
69	Moro Iglesia	Miculpaya							E.A				
70	Laja Molino	Miculpaya							E.A				
77	Pilla Mayu Loma	Bélen							C				
80	Cueva Andacaba	Andacaba							C				
82	Viejo Caiza	Caiza D							E.A				
86	Cementerio Casa	Caiza D							P				
107	Cementerio Tontola	Toropalca							T				

Epoocas : 1 : Precerámico 2 : Formativo 3 : Horizonte Medio 4 : Intermedio Tardío
5 : Inca 6 : Colonial

Tipos de sitios : P : Pueblo E.A : Estructura Aislada T : Tumba C : Cerámica
A : Andenes

Estilos : A : Cuzqueño B : Pacajes C : Chilpe D : Lupaca

Varios otros sitios más antiguos están diseminados en las proximidades de este asentamiento que parece haber tenido mucha importancia por su extensión, y la gran cantidad de material cerámico esparcido sobre su superficie.

La región minera de Porco

De los cinco establecimientos que registramos en esta región, tres rodean el Cerro Porco. El sitio más destacable de esta zona es el No. 2,

que hemos descrito en otros trabajos (Lecoq y Céspedes 1997a, 1997b), y que Van Buren (2003) identificó como Jalanta. Vale la pena, sin embargo, presentarlo de nuevo. Este sitio está ubicado al pie del Cerro Porco, en la rivera oriental de una pequeña quebrada (Río Todos Santos), del lado izquierdo del camino que va de Agua de Castilla a la mina actual de la COMSUR.

Se trata de un edificio típicamente Inka, que Van Buren (2003) considera "como el mejor

conservado de todo Porco”. Es de planta rectangular, de 12 x 6 m, y los muros laterales, ubicados respectivamente al sur y al norte, conservan los planos inclinados de un techo a dos aguas. La pared meridional, pese a su mal estado de conservación, muestra tres hornacinas, de forma trapezoidal, dispuestas en dos registros: dos laterales abajo y otro arriba. Dos puertas trapezoidales, ubicadas en la pared oriental, permitían acceder al edificio desde una pequeña plaza circundada por numerosas paredes de corrales. “Este edificio está ubicado en la sección central del sitio y es parte de una *kallanka*, una unidad arquitectónica que empleaban los Inkas y que consistía de edificios rectangulares de una sola habitación organizados alrededor de un patio” (Van Buren 2003). En los alrededores del edificio se encuentran las ruinas de antiguas terrazas de cultivo y los restos de graneros de planta circular. Se notan también tres hornos de fundición del metal y dos *quimbaletes* utilizados para fundir la plata, con muestras de escorias esparcidas en su proximidad y dos grandes batanes de basalto para moler el mineral. Algunos investigadores como Pablo Cruz (Com. Pers. 2003) interpretan este sitio como un posible tambo.

Otro asentamiento de esta zona, que vale la pena presentar nuevamente, es el sitio No. 4, localizado al sudeste del pueblo actual. Este sitio se conoce también como “Porco Viejo”, y Van Buren (2003) lo identificó como “Uruquilla” pese a la confusión que esta denominación podría introducir respecto a la cerámica, a la cultura y al idioma del mismo nombre (Lecoq 1999:76-78, 195). Se trata de una antigua población, limitada al sur, al sudeste y al sudoeste, por una profunda quebrada y al norte por un muro de 1 a 1,20 m de altura. Allí yacen los restos de una docena de edificios en piedra, de planta rectangular y de distintos tamaños, que fueron utilizados como corrales para las llamas en la época colonial y posteriormente para los corderos durante la época republicana. Un antiguo horno artesanal colonial se encuentra en el sector noreste, con los restos de tres fogones de forma circular, de 1 m de diámetro –ambos cubiertos con una capa vi-driada y huellas de fuerte cocción– alineados tras otros y numerosas escorias, esparcidas en sus alrededores. Otras escorias y restos de hornos de tipo *huayrachinas* están esparcidas en varias puntos de las cumbres que rodean el sitio y de donde podían aprovechar el viento necesario para avivar el fuego (Van Buren Este Volumen). Otro sitio importante (no numerado), con varias estructuras que Van Buren (2003) identificó como *huayrachina* (debido a la gran cantidad de este tipo de estructuras), se encuentra a unos

300 metros más al noreste, en la cresta de un cerro. Como lo apunta Van Buren (2003) “los restos arquitectónicos de *huayrachinas* se asemejan a los encontrados en otros centros Inkas de almacenamiento en los Andes sureños donde se intercalan edificios de almacenamiento circulares y rectangulares (e.g., Raffino et al. 1986). Sin embargo, todos los contextos excavados mostraron haber sido rehusados durante el Período Colonial Temprano”. En realidad, y para no hacer el mismo tipo de confusión que hace Van Buren (2003), queremos precisar que este sitio tiene de un lado varias *huayraschinas* (de ahí su nombre) y en otro sector *collicas*.

Otros dos sitios en esta zona (Nos. 11 y 14), al parecer fueron núcleos de población del Período Intermedio Tardío, que tuvieron una función mucho más defensiva y también fueron reutilizados durante el inkario. Están construidos encima de un espolón de roca que domina toda el área y la quebrada del Río San Juan, ubicada justo abajo.

El sitio No. 122, registrado el 2002 por Pablo Cruz en el cerro Chullpaloma, frente a la ciudad de Potosí y al Cerro Rico, parece haber tenido una función similar. Su posición estratégica, en los vertientes meridionales y en la cima del cerro, le permitió controlar todo el área y los caminos de acceso a los valles orientales de Chuquisaca.

Es muy probable que otros sitios del mismo tipo, que no pudimos registrar, estuvieron diseminados en esta zona. Sabemos, por ejemplo, por las fuentes históricas, que en los inicios del periodo colonial, varios “indios” moraban en el pueblo de Andarmarca, a una legua (5 km), al sudoeste de Potosí (Prado 1994)⁷. No cabe duda que todos estos sitios, en parte fortificados, marcaban y controlaban el camino de acceso a los valles orientales o a las zonas mineras de Porco y seguramente de Potosí.

Las mesetas de Betanzos y las cabeceras de valles de Puna, Caiza y Vitichi

Con un total de 12 sitios, la ocupación Inka en estas regiones es mucho más difusa, y no parece haber tenido la misma importancia que en Porco; se asemeja más bien a la de Yura. No hay sitios de gran tamaño que estén bien conservados. La mayoría de ellos, consisten en pequeñas concentraciones de cerámica esparcidas a través de los campos agrícolas, sin ninguna estructura visible. Puede ser que estos sitios no hayan sido más que pequeñas casas, habitadas por algunas familias ligadas a los Inkas y ocupadas para

trabajar sus *chakras*. Este patrón de asentamiento no es pues, propio a esta zona. Como lo apunta Rivera Casanovas (1994:11), en la provincia Bustillo, por ejemplo, “los restos arqueológicos de éste período indican un cambio en el uso del espacio: los asentamientos que, según el patrón anterior, se situaban en las cumbres y colinas, en contraposición, se ubicaron en las pampas y quebradas. Esto, probablemente, fue parte de la estrategia de administración y control de los Inkas, como aconteció en otras regiones de los Andes del sur”. Esto también lo que plantean Nielsen (1998, 1999) para López y Michel (2000) para la región Carangas, entre otros investigadores.

La cerámica encontrada pertenece al tipo “Inka provincial”, producido por artesanos al servicio del Inka, para luego, ser distribuida a un nivel regional (D’Altroy et al. 1998; Hayashida 1998). Asimismo, como se verá más abajo, es también lo que parece haber ocurrido con la cerámica (y la pasta No. 4) característica de la zona sur de Betanzos. Es también muy probable que numerosos sitios de esta zona fueron destruidos, más que todo, en el momento de la revolución de 1952 y de los grandes cambios que conllevó. Así, y como lo muestran los trabajos de Soto Quiroz (2000) y los mapas realizados por la FAO (Mendoza et al. 1994), el paisaje étnico y los límites territoriales de los *ayllus* de toda esta área sufrieron drásticos cambios.

La alfarería

En casi todos los sitios Inkas de esta región, se evidenció una pequeña cantidad de cerámica Inka “típica”, en relación con la cerámica local (mayormente de tradición “Yura” y “Yura foliácea”). Como lo indica Céspedes (1982:4), “La cerámica del sector sudeste del Imperio Inkaico, específicamente del Collasuyo, es de difícil interpretación. La gran cantidad de estilos locales que aparece en esta región durante la conquista Inkaica obstaculiza su reconocimiento. Sólo las formas clásicas como aríbalos, escudillas típicas del Inkanato, son muestras de la dominación de este período cultural a los diferentes grupos que habitaban este territorio; las investigaciones de este sector estuvieron mayormente limitadas alrededor del Lago Titicaca, en la región altiplánica que antiguamente comprendía el centro más importante de los reinos andinos. Estas investigaciones se refieren a los grupos étnicos que fueron conquistados por los Inkas en su ingreso a la altiplanicie andina, de los cuales existen numerosos documentos históricos que enriquecen los trabajos de los arqueólogos. Las informaciones sobre los señoríos aymarás

de los Collas, Lupacas y Pacajes, proporcionaron valiosos aportes para estudios de este tipo, ya que estos grupos formaron parte de los *mitimaes* traídos por el Inka para que se establezcan en la región de Cochabamba. Estos *mitimaes* llevaban consigo cerámica de sus antiguos territorios y formaban parte de estas caravanas ollereras especializadas (...) La cerámica altiplánica de estilo Inka que trajeron los *mitimaes* a Cochabamba puede ser identificable, mientras que no lo es la cerámica correspondiente a las etnias locales”.

Sin embargo, desde entonces, muchos estudios se llevaron a cabo sobre la cerámica Inka y sus distintos estilos regionales, aún así queda mucho por hacer. Asimismo, y como lo apunta Meyers (1997), vale la pena reflexionar acerca de la periodización de la alfarería inkaica y la cronología propuesta por Rowe (1944), pues parece que no corresponde muy bien a la realidad (al igual que en el Cuzco) y tiene que ser redefinida a luz de nuevos datos. Ésta, es también la opinión de Pärssinen y Siiriäinen (1997) respecto a la cerámica de tradición inkaica del área meridional del Lago Titicaca (Pacajes) que parece ser mucho más antigua que las fechas que se suelen atribuirle. En realidad, la cuestión que tenemos que preguntarnos es ¿Quiénes eran los Inkas?, ¿De dónde vinieron, cómo y desde qué época?, ¿Cómo reconocerlos a partir de su alfarería? Igualmente, podemos hacer el mismo tipo de preguntas sobre los aymaras, pues no sabemos si la cerámica que estamos identificando como procedente del territorio Aymara es el fruto de su producción, ni desde qué época.

Lo mismo ocurre en Potosí, donde no se conoce aún la evolución de los estilos alfareros Inka locales. Las formas de las vasijas son las mismas que en los períodos anteriores, al igual que la composición de las pastas. En este sentido, es posible que algunos tipos de cerámica Inka, como los aríbalos, influenciaron la alfarería regional, por la adopción de algunas formas o de detalles nuevos, en particular el aspecto del cuello de los cántaros que se vuelve más abierto, y se asemeja a los aríbalos cuzqueños, o por la utilización de un engobe rojo en el labio o en la parte superior del cuello, no realizada anteriormente por los habitantes de la zona.

Las pastas

Alrededor de 650 fragmentos de cerámica fueron estudiados. Pertenecen a cuatro tipos de pasta que se asemejan a los que fueron utilizados durante el Período Intermedio Tardío (Lecoq y Céspedes 1997b).

El primer tipo (48% del total) se caracteriza por tener una arcilla mezclada con granos de arena y numerosas partículas de sílice y mica; su espesor es de 0,4-0,8 cm. Tiene una cocción casi uniforme, con una atmósfera semi-oxidante y una post-cocción oxidante; su color varía del ocre-marrón al naranja pálido (10R 4/8 – 2.5YR 6/2). La superficie de esta pasta suele estar recubierta por un engobe de color rojo o naranja, finamente pulido o bruñido a esteque (Lecoq y Céspedes 1997a, 1997b).

El segundo tipo (24%), tiene un espesor de 0,4-0,5 cm y un desgrasante compuesto de pequeños granos de arena y de sílice así como partículas blancas o fragmentos de cerámica molida. Tiene un color ocre-naranja (2.5YR 5/6-6/8), debido a una cocción homogénea. Su superficie suele estar pintada o pulida.

El tercer tipo, (18,5%) es una pasta mas compacta, con un espesor promedio de 0,4-0,6 cm. Los elementos no plásticos contienen generalmente pequeños granos de arena, minúsculas partículas blancas, trozos muy pequeños de piedra de unos 3-4 mm, cerámica molida y ninguna partícula de mica. Su color, ocre-naranja (2.5YR 5/6-6/8), se debe a una cocción oxidante homogénea: muy a menudo, su superficie está recubierta por un engobe un poco más oscuro que el color de la pasta, bruñido o pintado. Esta pasta fue utilizada para la elaboración de cuencos cerrados o abiertos o de escudillas de estilo Inka Cuzqueño y Pacajes que se describen más abajo⁷.

El cuarto tipo, (9,5%) es una pasta compacta, derivada de la anterior, un poco más gruesa (su espesor varía entre 0,6 y 0,8 cm) sin ninguna partícula blanca o burbuja de aire. Esta pasta parece estar asociada con el material tardío y colonial. Para el periodo Inka, se la encuentra en los sitios No. 2 (de manera muy escasa), No. 47 y 50 (donde predomina) y Nos. 69, 70, 75 y 107 ubicados en la parte oriental de la zona (Betanzos, Caiza D). Al parecer, se trata de una pasta local, de poca difusión, limitada a un área particular. Incluso en la actualidad, esta misma zona se caracteriza por tener varios talleres de alfareros que utilizan una pasta parecida a este tipo.

Las formas

Un total de 420 fragmentos de cuellos o labios fueron estudiados. Corresponden, más o menos, a siete grandes tipos distintos de recipientes, principalmente fragmentos de arribalos y platos característicos de la tradición cuzqueña, según Rowe (1944), y del estilo Pacajes según

Albarracin-Jordan y Mathews (1990) o Saxamar de Chile, según Muñoz y Chacama, (1988:19-46), Schiappacasse y sus colaboradores (1991:43-59) y otros autores. En adelante, anotaremos este estilo como Chilpe-Carangas.

recipientes cerrados (40% del total) pertenecen a 3 formas de ollas, jarras y cántaros, denominadas A, B, C, mientras que el segundo, éste compone por los vasos abiertos (60% del total), correspondientes a 4 formas de pucos y cuencos o escudillas, denominadas de D, E, F y G.

Forma A. (18 fragmentos). Se trata de unas ollas pequeñas, sin cuello, con labio redondo, cuerpo globular y fondo plano, de 10 a 15 cm de altura (Figura 4.I). Su superficie está pintada de rojo. Las pastas de mayor utilización son la 2 (5%), la 4 (3%) y la 1 (2%).

Forma B. (3 fragmentos). Pequeñas botellas o parte superior del cuello de pequeños arribalos, de 3 a 4 cm de altura, para un diámetro de 2 a 3 cm. Están decoradas con líneas horizontales blancas y negro sobre un engobe de color rojo (7.5R) y elaboradas con las pastas 4 y 1.

Forma C. (137 fragmentos). Jarras y arribalos medianas (117) y grandes (20), de 30 a 40 cm de altura, con una boca grande (15-35 cm de diámetro), un cuello estrecho, una base plana o punteada y una (o dos) asa(s) lateral(es). En el primer grupo, los cilíndrica(s) (Figura 4.II). Estos vasos se encuentran recubiertos con un engobe de color rojo (7.5R 4/4-4/6) o decorados con otros tipos de motivos más complejos, típicos de los estilos Inka. El labio y la parte interior de cuello están siempre pintadas de rojo, que es una de las características de los arribalos Inka. Algunas ollas están, también decoradas con líneas horizontales en el cuello y/o pequeños triángulos negros sobrepuestos, en forma horizontal en la panza, de tradición cuzqueña (Tipos A y B de Rowe 1944; Figura 4:II.d-e). Algunas piezas tienen decoraciones modeladas en forma de botón a la altura del borde, como lo muestra el modelo de la Figura 4:I.e, tomado de Céspedes (1982). Estas vasijas se elaboraron con las pastas 1 (52%), 2 (35%), 3 (9,5%) y 4 (3,5%).

Forma D. (20 fragmentos). Se trata de pucos con un diámetro promedio de 20 cm, una altura de 12-15 cm, cuerpo globular cóncavo, dirección recta y labios redondos. Su superficie es de color naranja muy uniforme. Presentan la pasta 1.

Varios ejemplares provenientes de los sitios Nos. 50, 58, 68 y 86, tienen decoraciones en forma

de líneas en espiral, pintadas en negro sobre el fondo rojo, en la superficie interior de la cerámica y que se asemejan al estilo antiguamente catalogado como Chilpe en Chile (Niemeyer y Schiappacasse 1981) originario de las zonas occidentales de Bolivia y del norte de Chile, y reinterpretado como Carangas, por Michel (1999, 2000, 2001; Figura 5.I:f-g).

Forma E. (194 fragmentos). Grandes pucos o escudillas, de 20 a 35 cm de diámetro para una altura respectiva de 15 a 25 cm, paredes convexas oblicuas externas, fondo plano y labios redondos, con o sin asa. Son de pasta 1 (56%), 2 (16%), 3 (26%) y 4 (2%). Su superficie externa suele ser de color naranja y estar decorada con motivos de distintos tipos. Asimismo, el material de estilo Pacajes, presenta una infinidad de pequeñas llamas estilizadas, pintadas en negro sobre un fondo engobado en rojo-naranja, muy bien pulido (Schiappacasse et al. 1991:43-59; Muñoz y Chacama 1988:19-46; Figura 6.I:f-K). Los pucos de tradición "Lupaca" (Hyslop 1976, 1979) o Saxamar muestran, al contrario, motivos de animales: patos, peces, aves acuáticas, arañas (Figura 6.II:f).

Forma F. (38 fragmentos). Grandes escudillas en parte carenadas al nivel de su diámetro máximo, con un diámetro de abertura de 18 a 25 cm y una altura de 10 a 15 cm. Son de pasta 1 (23%), 2 (13%), 3 (23%) y 4 (41%). Como en el caso anterior, su superficie externa es de color naranja; puede estar decorada con motivos típicos Chilpe o Pacajes (Figura 6). Este material parece estar asociado a sitios de tradición Chilpe-Caranga, como el sitio No. 50.

Forma G. (8 fragmentos). Grandes escudillas o platos zoomorfos en forma de aves, con paredes más inclinadas hacia el exterior y un diámetro de 15-20 cm, con o sin asa lateral; pasta 1: (90%), 2 (8%) y 3 gris (2%). Presentan el mismo tipo de decoración que la forma F y puede ser considerada como un subtipo.

Las tradiciones decorativas y el problema de sus atribuciones étnicas y cronológicas

Se registraron 240 fragmentos diagnósticos (de panzas, fondos y asas). Casi todo este material está recubierto con un engobe de color ocre-rojo, finamente bruñido y varios motivos típicos del material Inka. Los motivos decorativos más sobresalientes son: triángulos negros sobrepuestos en forma horizontal, elementos fitomorfos de estilo Inka Cuzqueño según Rowe (1944), pequeñas llamas de estilo Pacajes, líneas curvas y elementos zoomorfos de tradición "Lupaca", o

líneas y espirales pintadas en negro sobre el fondo rojo o anaranjado de la cerámica, relacionadas con el material Chilpe-Carangas. Sin embargo, la presencia, en esta parte de Bolivia, de estos distintos estilos de alfarería tanto de época Inka como pre-Inka plantea varios problemas sobre sus atribuciones cronológicas.

Asimismo, se observó que los estilos cerámicos regionales pre-Inka y contemporáneos a su expansión descritos anteriormente, parecen ser una de las múltiples expresiones materiales de una etnia específica. El estilo Yura y sus numerosos subestilos derivados parecen corresponder, más o menos, a la expansión territorial del grupo Wisijsa según las fuentes históricas, y el estilo "Quillacas-Taltape" parece relacionarse con el grupo Quillacas (Lecoq 1997a).

Lo mismo ocurre con la alfarería Inka, pues, si los estilos cuzqueños son relativamente bien conocidos y pueden ser identificados con mucha facilidad, carecemos de informaciones fiables sobre la presencia, en la zona estudiada, de los estilos Pacajes y Chilpe-Carangas.

Para Niemeyer y Schiappacasse (1981), el estilo "Chilpe" corresponde un grupo étnico tardío y contemporáneo del Inka de la zona norte de Chile mientras que, para Michel (1999, 2000, 2001), este estilo es la expresión de poblaciones pre-Inka (mayormente del Período Intermedio Tardío) de la zona Carangas que se expendió en gran parte del altiplano central y meridional de Bolivia, sin que sea posible determinar si fue antes de la conquista Inka o conjuntamente con ella. Las formas y las decoraciones del estilo Chilpe-Caranga son muy variadas. Se caracterizan por grandes cántaros, arribalos y pucos, decorados con largas líneas onduladas, círculos, espirales, volutas, puntos, zigzags y otros motivos lineares pintados en negro o en rojo sobre el fondo natural de la cerámica. Los pucos muestran varias líneas onduladas debajo del labio, una decoración que se parece mucho a la de alfarería "Hedionda" de Lipez estudiada por Barfield (1961); sólo la pasta, más tosca, permite diferenciar los dos estilos (Michel Com. Pers. 2002). Esta cerámica tiene también una amplia difusión en toda la zona Intersalar y el altiplano meridional de Bolivia, cuyos habitantes habían desarrollado estrechas relaciones con los valles de Yura y de Potosí (Lecoq 1999; Martínez 1998).

El estilo Pacajes plantea el mismo tipo de problema ya que parece tratarse de la expresión material de un grupo regional del Período Intermedio Tardío del oeste de Bolivia y de las orillas del Lago Titicaca, reestructurado por los

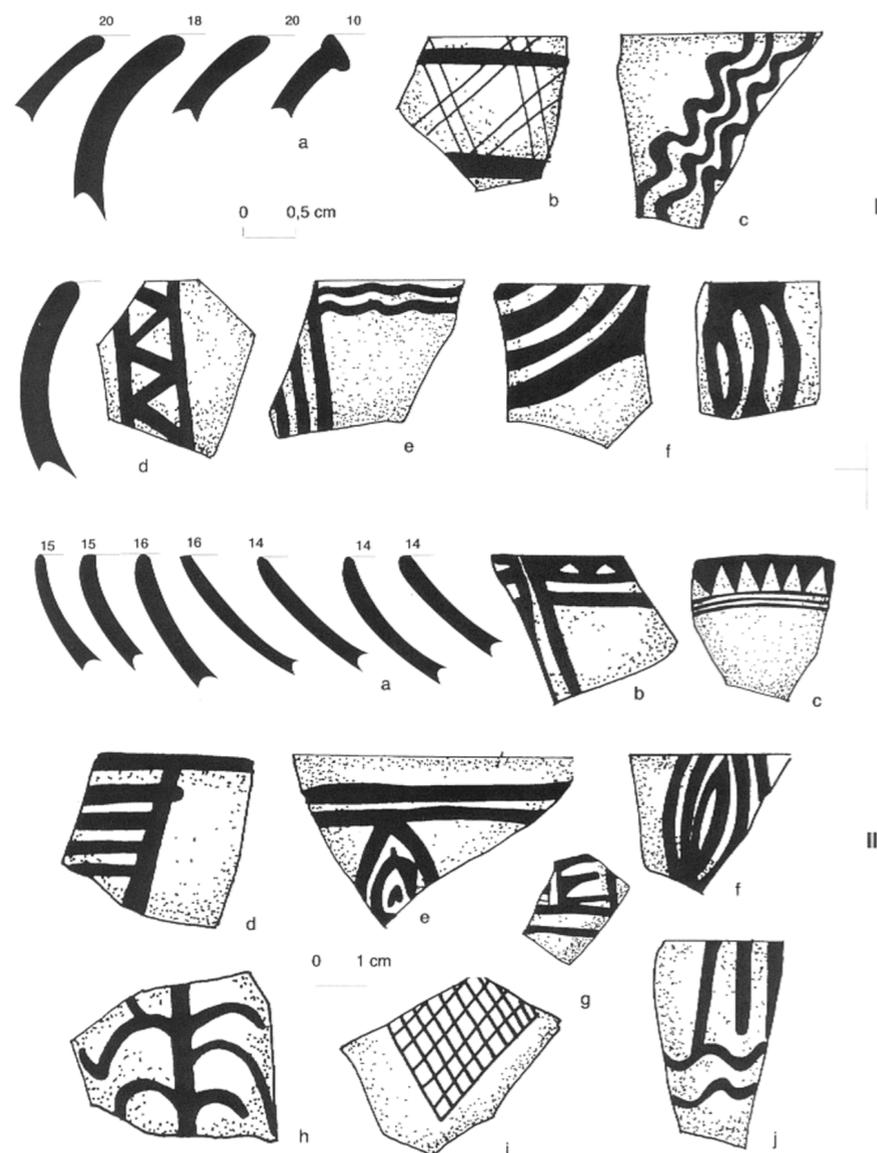


Figura 5. Cuencos y escudillas de Estilo Inka. (I) Fragmentos de cuencos de Forma D: a) fragmentos de cuellos, de estilos: b), d), e) Inka Cuzqueño, c), f) Chilpe-Carangas; y (II) Fragmentos de escudillas de Forma E: a) fragmentos de cuellos, de estilos: b), c), d), g), i) Inka Cuzqueño, e), f), j), Chilpe-Carangas.

Inkas. Como lo mostraron Albarracín-Jordan y Mathews (1990: Caps. 9-10), las principales características de este estilo aparecen ya desde el Pacajes Temprano, entre 1100 y 1470 y muestran una continuidad desde Tiwanaku V.

Para la zona estudiada, faltaría entonces, determinar como fueron adquiridos los materiales Chilpe-Carangas y Pacajes. Si fueron obtenidos por trueque y/o directamente traídos antes de la conquista Inka, por grupos del territorio Colla, estrechamente relacionados con las poblaciones locales, como lo plantea Michel (2000, 2001). O, al contrario, si fueron traídos en el momento de la conquista Inka por estos mismos grupos muy relacionados con los Inkas, o más bien, por

mitimaes manipulados por los Inkas, pues nos permitiría entender mejor cual fue su política de colonización. Asimismo, como lo apunta Bouysson-Cassagne (1987:339): “ignoramos no solamente las tácticas de ocupación de los valles por cada uno de los señoríos, sino también la manera en que las unidades de puna pertenecientes a un mismo señorío se distribuían las “islas” (...). Se conoce poco sobre la manera de reclutar a los *mitimaes*, y en relación al Collao, solamente los estudios puntuales y de tipo monográfico (Berthelot, Saignes, Wachtel) aportan alguna aclaración. La época Inkaica se traduce en modificaciones en las tácticas de ocupación del espacio que constituyen en conjunto de islotes de *mitimaes*”, cuyas características,



Figura 6. Platos, escudillas y material de tradición Inka. (I) Platos y escudillas de Forma G: a) fragmentos de bordes, de estilos b-e) Chilpe-Carangas, f) Inka-Pacajes; (II) Platos y escudillas zoomorfas, de estilo a-f) Inka-Pacajes, g) Inka-Lupaca; y (III) Tupo de cobre procedente del sitio No. 25.

fueron enumeradas por Murra”. Más adelante, la misma autora añade: “aunque en muchos casos (Lupacas, colonias Collas y Pacajes de Umasuyu) el Estado Inka no modificó los componentes de las “islas”, en otros no sucedió lo mismo, de manera que la palabra *mitimae* aplicada a la época Inkaica abarca situaciones sociales y económicas muy distintas”. No cabe duda que en la región estudiada, esta palabra no se aplica a los “grandes islotes” característicos de los valles de Cochabamba, estudiados por Wachtel (1980) que agrupaban a más de 14.000 *mitimaes*.

En Potosí, los datos arqueológicos disponibles no nos permiten aún decir si los sitios que hemos

registrado con cerámica Inka, pero sin ningún tipo de arquitectura fueron de *mitimaes*. Tampoco nos permiten afirmar si las fuentes históricas que informan sobre la presencia de *mitimaes* Pacajes, fueron en realidad, pequeños grupos (¿‘islas’?) de agricultores o de artesanos que cultivaban y manufacturaban por su cuenta, y quizá también, al final, para el Estado.

El material asociado y el equipamiento técnico

En casi todos los Andes, el Período Inka se caracteriza por el desarrollo de buenas técnicas de orfebrería. Sin embargo, la única pieza de este tipo que hemos encontrado en la región es

un tupo de cobre, hallado en el sitio No. 25; cuya parte superior tiene la forma de una pequeña ave estilizada (Figura 6.III).

El material lítico hallado en la región no es tampoco típico del Período Inka. Se trata de hojas de asadas (*taquisas* o *Chaqui Taccla*) de arenisca, utilizadas para las distintas tareas agrícolas y especialmente para preparar campos de cultivo, triturando la tierra cortando o extrayendo los grandes terrones (Bourliaud et al. 1986; Morlon Cord. 1992:Cap.1).

En el sitio No. 1, hemos descubierto también dos grandes batanes de basalto para moler el mineral que, según Van Buren (2003), podrían datar del Período Inka o Colonial. No se ha registrado ningún tipo de arma o rompe cabeza que podría atestiguar de la práctica de caza o de conflictos inter-étnicos. En cuanto al quimbaete, es posiblemente Colonial.

Discusión

La observación de los asentamientos Inkas y el análisis del material cultural evidencian algunas de las estrategias generadas por los Inkas para controlar esta región. Al parecer, estas fueron muy semejantes a las que adoptaron en otras regiones de los Andes.

Como lo plantean Núñez y Dillehay (1998:165): “al igual que Tiwanaku, el patrón Inkaico de urbanismo y movilidad de pastores-caravaneros se aprovechó de asentamientos agrícolas y redes de caravanas preexistentes para dominar regiones claves de los Andes Centro-Sur, sin ejercer una fuerte presión coercitiva sobre las poblaciones locales”. Igualmente, Nielsen (1999) propone lo mismo para Lipez y el extremo árido sur del altiplano boliviano. Asimismo, Núñez y Dillehay (1995:129) anotan también que: “la expansión Inka implicó la extensión de los circuitos de caravanas bajo nuevos conceptos de centralización poco conocidos en los Andes del sur. El modelo de penetración se fundamentó en la redistribución de la tierra y explotación de recursos no desarrollados localmente. Tal percepción significó una gran flexibilidad de la imposición del patrón cultural y tecnológico Inka, en relación al desarrollo local precedente (...) Su expansión incluyó un inteligente manejo de las riquezas diversificadas en múltiples ambientes distantes. Buscaron a controlar y administrar hacia un estado centralizado, los bienes en movimiento, proporcionando recursos e ideologías a las etnias sometidas de acuerdo a los viejos acuerdos de reciprocidad, armonía social y participación social. La presión política y religiosa ante los

Señoríos rebeldes se podía complementar con rupturas de sus movimientos giratorios, dejándolos fuera del sistema de complementación de recursos. Esta estrategia preparaba áreas destinadas al caos político-económico como condición previa para imponer la nueva administración imperial”. Este planteamiento muy teórico, es también en parte compartido a un nivel general, por varios otros autores como Raffino y sus colaboradores (1986), D’Altroy (1992) y Stanish (1992). Pero se requieren mayores datos para verificar si se aplica a la región de estudio.

En Potosí, los datos arqueológicos recogidos en la región muestran que, para las épocas anteriores a la ocupación Inka –e inclusive para este mismo período– los circuitos caravaneros articulaban cada micro-zona y cada valle. Varios factores podrían explicar el desarrollo de estos circuitos: (1) la ubicación céntrica de la zona de Yura, con sus numerosos sitios, a medio camino entre el Altiplano al oeste y los valles al oeste y al sudoeste; esta ubicación nos recuerda la división del territorio Macha y del grupo Charka en dos sectores: la región fría (*chirirana*) y alta (*patarana*), y la región caliente (*q’uñirana*) o baja (*urarana*) y la zona intermedia, el *chawpirana*, ubicada entre ambas (Gisbert et al. 1997; Platt 1978); (2) su red hidrográfica, y principalmente el eje materializado por los ríos Yura y Toropalca que interconectaban las zonas de puna al noroeste con las cabeceras de valles al sudeste y los valles orientales, y (3) la variedad de ecozonas de esta área que ofrecían un vasto abanico de productos muy preciados. Esto responde, en términos generales, al control de los pisos ecológicos según los postulados de Mura (1975, 1985a, 1985b).

Como lo apunta Rasnake (1989:93) para los Visijsas: “Aunque cada grupo tiene una zona central identificable, donde se asientan sus pueblos y donde se concentran sus campos de cultivo, es claro que también eran parte de una economía de ‘archipiélago’ tal como Murra (1975:59-115) la ha descrito para los pueblos un poco más al norte. Los diversos grupos están fuertemente mezclados entre sí y también vivían –e intercambiaban recursos estratégicos– en relación a otros grupos exteriores a la Confederación. Esto era especialmente cierto en el caso de la producción de maíz, aquí, como en otras partes, un producto alimenticio especialmente codiciado y necesitado”.

Asimismo, podemos suponer que en el área estudiada, la puna brindaba productos minerales, especialmente plata (en Porco, Toropalca, Potosí

y otras zonas) y cobre, productos agrícolas: papas, *chuños* y derivados deshidratados, leña y camélidos (llamas, alpacas y vicuñas), tan importantes para la vida de los pastores de esta región. Recordamos que en épocas prehispánicas, la llama era el principal animal de carga para las caravanas que podían reunir tropas de 3000 a 4000 animales (Bonavia, 1996; Browman 1974). La llama ofrecía también varios productos derivados de alto valor: como carne, grasa, huesos y principalmente lana, utilizada para confeccionar los tejidos tan apreciados por el Inka (Murra 1975, 1978).

Por su parte, los altos valles centrales de Yura y la cabeceras de valles de Caiza, Vitichi o Toropalca daban maíz, madera, frutas y leña (Rasnake 1989). Estas riquezas permitían adquirir, mediante el trueque con otras zonas vecinas, los productos necesarios para la vida diaria. La sal debía ser traída desde los grandes salares de Uyuni y Empexa, ubicados al oeste, donde existen varios sitios prehispánicos (Lecoq 1999; Nielsel 1998, 1999) en el camino hacia los oasis de la franja del litoral del Océano Pacífico. Con relación a Lipez, Browman (1975, 1988) nos dice que se llevaban piedras semipreciosas, tierras de color, arcilla, madera de cactus, pieles de animales y varios otros productos.

La misma sal y parte de estas mercancías debían servir en cambio, para obtener, en los valles y los llanos orientales, ají, miel o madera (Lecoq 1987); se empleaba esta madera en la confección de los platos y *kerus* que fueron encontrados en gran cantidad en las tumbas de esta zona y de la región intersalar. De las tierras bajas se traían también plumas de aves y pieles de animales exóticos que entraban en la manufactura de los trajes y otras prendas suntuarias de elite, que fueron también halladas en varias tumbas de la zona intersalar y de los valles de Yura (Lecoq 1999; Ibarra Grasso 1960, 1965).

Igualmente, es muy probable que se trajesen de las regiones orientales algunos productos psicotrópicos, como el *cebil* (Angelo 1999b; Angelo y Capriles 1999; Berenguer 1993), pues se sabe que la coca era traída de los yungas más septentrionales. Estos datos son las pruebas arqueológicas de la existencia de intercambios interregionales, como fue planteado por Morris (1978).

De este modo, que creemos que toda esta región funcionó como un corredor caravanero, multiétnico y sin fronteras culturales bien marcadas, lo que parece corroborar los mapas

étnicos establecidos por Harris (1997). Parece haber tenido un papel semejante al que tenían algunos oasis de la franja del litoral pacífico, como Pica o San Pedro de Atacama (Berenguer 1993; Martínez 1998). Como lo demostraron Lathrap (1956) o Morris (1978) para otras áreas culturales, las situaciones de contacto cultural se identifican en la arqueología por la observación de la intrusión de elementos de una cultura en un área que pertenece a otra cultura. Se deben, mayormente, a procesos de comercio (intercambio de productos), migraciones (movimiento de población) o invasiones o conquistas (dominio de un grupo extranjero). Para la región de Potosí, el trueque debió prevalecer, pues no hemos encontrado restos de *pucaros* o de armas que indicasen una posible situación conflictiva o una conquista militar. Los intercambios verticales explican las numerosas similitudes que existen entre la alfarería del estilo “Yura”, principal expresión material del grupo Wisijsa, (por lo menos para las épocas tardías pues, no sabemos que grupos étnicos ocupaban la región antes) y las cerámicas provenientes de otras áreas del sur de Bolivia. Estas áreas incluyen los valles adyacentes (Toropalca, Caiza), la zonas vecinas (región intersalar al nordeste y Lipez al sur y al sudoeste) y la región de Cotagaita y Tarija al sur y sudeste (Angelo 1999b); regiones con las cuales los Wisijsas habían desarrollado un amplio tráfico.

El papel peculiar del centro minero de Porco que, según las fuentes históricas, era considerado como la *huaca* unificadora de los distintos grupos étnicos que componían entonces la federación Charka-Karakara a la cual acudían todas las naciones miembros de la federación Karakara, (Abercrombie 1998:143, 267, 435) e incluso los Guarani (Bouysse-Cassagne en Platt et al. 2003); no parece tampoco haber sido fortuita. Porco se halla ubicado en el corazón de esta región, en el sector más rico en minerales de plata, y en el camino de las caravanas hacia los valles. Su forma cónica es también típica de los volcanes, tan importantes en la cosmología andina de la época (Bouysse-Cassagne y Bouysse 1984).

Los datos arqueológicos que recogimos parecerían confortar en parte esta hipótesis, pero no podemos afirmar que esta mina fue explotada antes de la época Inka, y si lo fue, parece haber sido de manera superficial. Los pocos sitios ubicados en sus alrededores muestran restos de antiguos hornos de fundición de metal o *huayrachinas* que bien podrían pertenecer a los inicios de la Colonia, como lo plantean Pablo Cruz (Com. Pers. 2003) y Van Buren (2003). Además, lo que podría ser el antiguo pueblo de

Porco es de tradición netamente Inka. Ocupa un lugar estratégico, cerca de un río, y tiene paredes defensivas. Desafortunadamente, ninguno de los testimonios disponibles nos permite demostrar el carácter sagrado de la mina de Porco en el curso de los períodos prehispánicos. Hay que tomar también en cuenta, sin embargo, que muchos de los antiguos restos arquitectónicos que hubieran podido corresponder a las actividades mineras (i.e., bocaminas, socavones, hornos; ver Berthelot 1978:962-963) o rituales (i.e., templos y oratorios), fueron totalmente destruidos por las intensas actividades que conoce esta mina desde su explotación prehispánica (Van Buren 2003). Asimismo, hoy en día, el Cerro Porco sigue siendo un lugar de culto y su cumbre muestra los restos de numerosas *apachetas* y de pequeños monumentos circulares, similares a los que se encuentran en la cima de algunas de las montañas sagradas de otras partes de los Andes (Le Paige 1978; Reinhard 1983). También se aprecian diversas ofrendas: botellas de alcohol, velas, cigarrillos, depositadas durante todas importantes ceremonias, especialmente para el carnaval. En estas fiestas, los *yatiris* o “especialistas en rituales” suelen saludar al Cerro Porco como un *Apu* poderoso, ofreciéndole además la sangre de una llama blanca. Estos ritos podrían ser lo que queda de un culto mucho más antiguo, sin que sea posible comprobarlo a partir de los restos materiales que nos brinda la arqueología. Lo mismo ocurre con el Cerro Rico de Potosí que hubiera podido ser explotado de la misma forma desde épocas pre-Inkas (Pablo Cruz Com. Pers. 2003).

Conclusiones

Para concluir este ensayo acerca de la ocupación pre-Inka e Inka en el sur de Potosí, podemos afirmar que la conquista de la región por los Inkas no parece haber modificado mucho la organización que prevalecía antes de su llegada. Como lo apunta Rasnake (1989:94) respecto a los Visiysas: “La integración con el Tawantinsuyu ha debido ser un acto voluntario de los señores étnicos (...) A pesar del especial papel que los grupos Charcas y Cara Caras habrían jugado dentro de los ejércitos Inkas, su inclusión en el Imperio Inka no parece haber alterado fundamentalmente sus formas de organización ni su economía. El ámbito propio de la Confederación de los Charcas era todavía muy evidente cuando el Tawantinsuyu caía ante Pizarro y sus ejércitos”. Percepción compartida por Abercrombie (1998:Cap. 5).

De tal modo que en nuestra opinión, en Potosí, la conquista Inka, se manifestó en varios campos:

(1) una mejor explotación de los distintos recursos –especialmente mineros– (Berthelot 1978) y su centralización en sitios específicos, ubicados alrededor de Porco, y quizá en Potosí, para los últimos momentos de la época Inka; (2) una posible redistribución de las tierras de cultivo, utilizando y controlando las zonas más fértiles y de mayor producción: valles de Yura, altos valles de Betanzos y Puna; (3) la reorganización de la administración regional que debió implicar la movilización de una mayor fuerza laboral y la posible introducción de *mitimae* de otras zonas para la construcción de tambos y rutas y la explotación de las minas, con un sistema que falta investigar (¿quizás *minka* o *ayni*?); esta reorganización es poco visible a partir de los datos arqueológicos disponibles, pues, la cerámica de estilo Chilpe-Carangas que se suele relacionar con *mitimae*s pudo haber sido obtenida mediante intercambios anteriores a la ocupación Inka, sin que sea posible detectarlo a partir de los únicos datos arqueológicos disponibles hasta el momento; y (4) un posible cambio o una reorientación en las alianzas interétnicas externas a la federación Chaka-Karakara.

No obstante, los datos arqueológicos muestran claramente que los Inkas adoptaron el patrón de asentamiento de los grupos anteriores a su llegada, sin cambiar el urbanismo de sus aldeas, y utilizando sitios claves, como Wisijsa o Porco, u otros sitios recién registrados el 2003 por el equipo de Pablo Cruz (Com. Pers. 2003), debido a su posición estratégica cerca de las principales vías de acceso, y sobre todos los ríos. De allí pudieron “gobernar” toda la región y manejar sus múltiples riquezas, mediante el incremento del tráfico de las caravanas. De hecho, quien controlaba la región de Yura, controlaba al acceso a varios otras zonas del sur de Bolivia y del Chaco⁹.

Queda claro entonces, que los Inkas siguieron la misma política que Tiwanaku, utilizando los sitios preexistentes, o las técnicas que existían antes de su llegada, como lo hicieron en otras regiones de los Andes. Una vez conquistada, esta región clave del sur de Bolivia, ofreció a los Inkas una buena base para expender su territorio hacia las zonas meridionales, lo que probablemente se llevó a cabo bajo el reino de Tupac Inka. Llama la atención, sin embargo, la ausencia de caminos empedrados o formalizados en esta región, tan importantes para el abastecimiento de minerales, como los trozos que hemos podido encontrar ocasionalmente en 1987, en la zona de Huari y de Pampa Aullagas, y que debían formar parte del gran eje oriental que iba del Cuzco hasta Paria (Hyslop 1984).

Es posible que estos caminos hayan sido destruidos, o que pasaban por lugares que no hemos investigado, como los sitios recién encontrado por Pablo Cruz, en el límite septentrional de la ciudad de Potosí, donde se encontraron restos de este tipo de senderos, asociados a un pequeño centro administrativo en la tipología de Raffino y sus colaboradores (1986). Es también posible que los Inkas no necesitaran este tipo de camino por la gran cantidad de ejes caravaneros que existían allí, y que los españoles utilizaron nuevamente para abastecer la Ciudad Imperial de Potosí (Browman 1988; Lecoq 1997a). Eso nos muestra la necesidad de realizar más trabajos sistemáticos en esta zona.

Varios problemas quedan todavía por resolver, en especial aquellos vinculados a los contactos que podían tener los Charka-Karakara con los demás grupos vecinos en tiempo del Inka. Como lo ilustra Bouysse-Cassagne (1987:356) “en esta época, las fronteras del Collasuyu pueden ser fijadas por la sucesión de fortalezas que desde Iscanhuaya (al norte de Mocomoco) hasta San Lucas (al sur de Charcas) constituyen una línea de demarcación”. Las edificaciones que marcan este trazado fueron a menudo construidas antes de los Inkas y recién investigadas por Pärssinen (2000) y algunas de ellas, posteriormente investigadas por Alconini (2002). Se sabe que Oroncota, al sur de Potosí, fue edificado por los Charcas y luego parcialmente reconstruido por los Inkas, lo que se corrobora por los datos arqueológicos. En esta ciudadela, según Bouysse-Cassagne (1987:356) las poblaciones de Carangas, Paria, Cochabamba y también los Yamparaes, encontraron refugio cuando Tupac Yumpanqui conquistó la región, y sin duda, de esta misma fortaleza Huayna Capac y Coysara, el Charca, salieron en guerra contra los Chiriguano.

No obstante, los datos arqueológicos parecen indicar que los grupos de esta federación habían desarrollado algún tipo de relaciones económicas con las poblaciones de la región del Chaco, ocupadas por poblaciones seguramente de “Chiriguano”, sin que sea posible saber si eran buenas o conflictivas. Estos datos muestran fenómenos de penetración de estilos cerámicos originarios del oriente, (quizás relacionados con las migraciones de grupos étnicos) desde las épocas formativas, que participaron plenamente en el proceso de desarrollo de los pueblos de Potosí, de Chuquisaca y quizás de otras regiones orientales. Tal es el caso de la tradición gris o de los grandes cántaros con decoraciones antropomorfas modeladas en relieve en el cuello y en los labios con arcos superciliares fuertemente acentuados, con ojos circulares o en forma de

granos de café, líneas incisas con puntos que encontramos tanto en Potosí (Lecoq 2001:249), Betanzos (Lajasmayu, Pablo Cruz Com. Pers. 2003) como en los valles de Chuquisaca (Alconini y Rivera Casanovas 2003) desde el Período Intermedio Temprano hacia en Período Intermedio Tardío, especialmente en la zona intersalar (Lecoq 1999:Cap. 8, Lámina 48).

Del mismo modo, los sitios del Período Intermedio Tardío del área de San Lucas (en el límite oriental del área prospectada) muestran una mezcla de material de estilos “Yura”, “Yura Sobre Gris” o “Huruquilla” y “Corrugado” con una pasta gris –crema, típico de las tierras bajas–, aunque desconocemos totalmente la antigüedad y la evolución de este material. No obstante, estos hallazgos nos muestran qué grupos originarios del oriente ocupaban esta zona en el curso del Período Intermedio Tardío (¿y quizás antes?) pese a lo que dicen las fuentes históricas (Renard-Casevitz et al. 1986:119-129; Saignes 1991:19-21), sin que sea posible saber qué tipos de relaciones tenían con las poblaciones portadoras de la tradición estilística Yura y Huruquilla.

La ausencia de este tipo de material de tradición forastera en Potosí, al final del Período Intermedio Tardío y durante la época Inkaica, podría indicarnos que Los Inkas parecen haber modificado o cortado estos contactos con las regiones orientales poco después de su llegada en Potosí, cuando empezaron a fijar y mojonar los nuevos límites territoriales de los grupos que acababan de someter. Asimismo, varias fuentes históricas nos indican que los Inkas tenían relaciones conflictivas con los Chiriguano, a los cuales trataron de dominar en varias oportunidades sin lograrlo, especialmente en los últimos momentos de su historia (Lorandi 1992; Renard-Casevitz 1986; Pärssinen 1992; Saignes 1985, 1991).

Para resguardar el Imperio de sus repetidas incursiones, construyeron una cadena de fortificación en los lugares estratégicos y a lo largo de la frontera oriental de su imperio, y así pudieron delimitar zonas internas que controlaban y zonas externas que escapaban a su dominio (D’Altroy 1992; Meyers 1998, 2000). Una de estas fortalezas es la de San Lucas, que descubrió Pärssinen en sus prospecciones sistemáticas por la zona, pero varios de nuestros informantes nos contaron que existen otras parecidas en la región de Santa Elena, hacia el sur de Potosí, en las altas riveras de Río Pilcomayo, y estos sitios podrían corresponder a los asentamientos presentados por Renard-Casevitz y sus colaboradores (1986:127).

Desafortunadamente, pese a los estudios que se están desarrollando en la “frontera” Inka en el este y sudeste boliviano (e.g., Marulanda 2001, 2003; Meyers 1998, 2000; Nielsen 1991), sin olvidar la intensa labor de Alconini (2002), la escasez de investigación arqueológica en el oriente de nuestra zona de estudio no nos permite todavía saber cuál ha sido la política exacta de los Inkas respecto a los Chiriguanos. Los sitios de tradición Inka más avanzados que pudimos registrar en la zona prospectada son los Nos. 69 y 70, en las orillas del Río Milcupaya, afluente del Río Pilcomayo, y no muestran signos de fortificación. Es muy probable entonces que estaban incluidos, todavía, dentro del territorio del Collasuyu que controlaban. Podríamos, más bien, y como lo propone Alconini (2002) considerar todo esta zona como una frontera cultural “fluida” o como lo habría propuesto Saignes (1985) una frontera móvil, resguardada por sitios fortificados.

La información que acabamos de presentar, ilustra una pequeña parte de lo que pudo ser la presencia Inka en Potosí. No obstante, falta mucho por hacer y por investigar. Esperamos que futuras investigaciones nos permitirán entender mejor la historia de los Inkas en esta remota parte del antiguo Tawantinsuyu.

Agradecimientos

El presente artículo presenta resultados obtenidos durante la realización del Proyecto Arqueológico “Potosí”. Este proyecto se desarrolló gracias a un convenio suscrito entre el Instituto Francés de Estudios Andinos y el Museo de Antropología y Arqueología de la Universidad Mayor de San Simón, en Cochabamba, (representado por el arqueólogo Ricardo Céspedes), y el Museo de la Universidad Autónoma de Tomás Frías, en Potosí, (con la participación del Lic. Sergio Fidel), y recibió una subvención del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Francia. Aprovecho esta oportunidad para agradecer a estos dos profesionales y los institutos a los cuales pertenecen por su grato apoyo. Asimismo, quisiera agradecer al Señor Pablo Cruz por haber leído este texto y arreglado las numerosas fallas de idioma que llevaba, así como por sus útiles sugerencias.

Referencias Citadas

Abercrombie, T. A.
1986 *The politics of Sacrifice: An Aymara Cosmology in Action*. Tesis doctoral inédita, Department of Anthropology, University of Chicago, Chicago.

1998 *Pathways of Memory and Power: Ethnography and History Among an Andean People*. The University of Wisconsin Press, Madison.

Albarracín-Jordan, J. y J. E. Mathews
1990 *Asentamientos prehispánicos del valle de Tiwanaku, Vol. 1*. Producciones Cima, La Paz.

Alconini, S.
1996 Structure and dynamics of the Chiriguano frontier: the case of aymará meridional polities before and during the Tawantinsuyu. Trabajo inédito presentado a J. Richardson III en el Seminario “South American Archaeology”. Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

2003 Estructura y dinámica de la frontera Inka en el sudeste boliviano: Inkas, Chiriguanos y Yamparas. En *Anales de la XVI Reunión Anual de Etnología (2002)*. MUSEF, La Paz. (En Prensa).

Alconini, S. y C. Rivera Casanovas
2003 La tradición cerámica “estampada e incisa de bordes doblados” en la vertiente oriental de los Andes: un caso de interacción e influencia desde las zonas bajas. En *La mitad verde del mundo Andino: estado actual de las investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y tierras bajas de Bolivia y Argentina*, editado por G. Ortiz y B. Ventura. (En Prensa).

Angelo, D.
1999a Interacción en la región del sur boliviano y área vecinas” (Relaciones de conflicto al inicio de la expansión Inka)”, En *Anales de la XII Reunión Anual de Etnología (1998) Tomo 1*, pp. MUSEF, La Paz.

1999b *Tráfico de bienes, minería y aprovechamiento de recursos en la región de los valles del sur andino. Una aproximación arqueológica a los Chichas, Provincia Sur-Chichas-Potosí*. Tesis de Licenciatura inédita, Carrera de Arqueología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz.

Angelo, D. y J. M. Capriles
2000 La importancia de las plantas psicotrópicas para la economía de intercambio y relaciones de interacción

en el altiplano sur andino, *Anales de la XIII Reunión Anual de Etnología (1999)*, Tomo 1, pp. 97-110. MUSEF, La Paz.

Barfield, L.
1961 Recent discoveries in the Atacama Desert and the Bolivian Altiplano. *American Antiquity* 27(1):93-100.

Barragán Romano, R.
1994 *¿Indios de arco y flecha? Entre la historia y la arqueología de las poblaciones del norte de Chuquisaca (los siglos XVI-XVII)*. ASUR, Sucre.

Barnadas, J. M.
1973 *Charcas, Orígenes históricos de una sociedad colonial*. CIPCA, La Paz.

Berthelot, J.
1978 L'exploitation des métaux précieux au temps des Incas. *Annales, Economie, Société et Civilisation* 33(5-6):948-966.

Berenguer, J.
1993 Gorros, identidades e interacción en el desierto chileno antes y después del colapso de Tiwanaku. En *Identidad y Prestigio en los Andes, Gorros, turbantes y diadema*, pp. 41-64. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.

Bonavia, D.
1996 *Los camélidos sudamericanos. Una introducción a su estudio*. IFEA-UPCH-Conservación Internacional, Lima.

Bourliaud, J., R. Reau, P. Morlon y D. Herve
1986 Chaquitaclla, Stratégies de labour et intensification en agriculture andine. *Techniques et Culture* 7:181-225.

Bouysse-Cassagne, T.
1978 L'organisation de l'espace Aymara: Urco et Uma”. *Annales, Economie, Société et Civilisation* 33(5-6):1057-1080.
1987 *La identidad Aymara, aproximación histórica (Siglo XV, Siglo XVI)*. Hisbol/IFEA, La Paz.

1997 Le palenquin d'argent de l'Inka: petite enquête d'ethno-histoire à propos d'un objet absent. *Techniques et Culture* 29:69-111.

Bouysse-Cassagne, T. y Bouysse, P.
1984 Volcan indien, volcan chrétien, à propos de l'éruption du Huaynaputina en l'an 1600 (Pérou méridional). *Journal de la Société des Américanistes* 70:43-68.

Browman, D.
1974 Precolumbian llama caravan trade network. Ponencia presentada en el *Congreso Internacional de Americanistas*, México, D.F.

1975 Llamas caravans and Entrepreneurs: Significances in the Post-Conquest Andes. Ponencia presentada en el *Annual Meeting of the American Association of Anthropologists*, San Francisco.

1988 Llama caravan fleters and their importance in the production and distribution. En *Nomads in a Changing World*, editado por P. C. Salzman y J. G. Galaty, pp. 317-370. Instituto Universitario Oriente di Napoli, Nápoles.

Castro, V., J. Berenguer, C. Aldunate Del Solar, S. Godoy y C. Gómez

1987 Antecedentes de una interpretación altiplano-área Atacameña durante el período Tardío: Toconce. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, Vol. II*, pp. 477-498. Ediciones Kultrum, Santiago de Chile.

Céspedes, R.
1982 La cerámica Inkaica de Cochabamba. *Cuadernos de Investigación, Serie Arqueología* 1:1-54.

Céspedes, R. y P. Lecoq
1997 El Horizonte Medio en los Andes meridionales de Bolivia (Potosí). En *Los desarrollos locales y sus territorios: arqueología del NOA y sur de Bolivia*, editado por M. B. Cremonte, 103-129. Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Chervin, A.
1908 *Anthropologie Bolivienne, Tome III*. Craniologie, Imprimerie Nationale, París.

Condarco Castellón, C.
2002 Apuntes arqueológicos sobre la cuenca de Paria-Oruro. *Anuario 2001 del Archivo Nacional y Biblioteca Nacional de Bolivia*. (En Prensa).

D'Altroy, T. N.
1992 *Provincial Power in the Inka Empire*. Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

D'altroy, T. N., A. M. Lorandi y V. Williams
1998 Ceramic Production and Use in the Inka Political Economy. En *Andean Ceramics: Technology, Organization*

- and Approaches, editado por I. Shimada, pp. 283-312. MASCA Research Papers in Science and Archaeology, Supplement to Vol. 15. University of Pennsylvania Pennsylvania, Philadelphia.
- Del Río, M.
1990 Simbolismo y poder en Tapacarí. *Revista Andina* 8:77-113.
- Espinoza Soriano, W.
1981 El reino aymara de Quillaca-Asanaque, Siglos XV y XVI. *Revista del Museo Nacional* 45:175-274.
- Fernández, J.
1978 Los Chichas, los Lipes y un posible enclave de la cultura de San Pedro de Atacama en la zona limítrofe argentino-boliviano. *Estudios Atacameños* 6:19-35.
- Gasparini G. y L. Margolies
1980 *Inka architecture*. Traducido por P. J. Lyon. Indiana University Press, Bloomington.
- Gisbert, T., S. Arze y M. Cajias
1987 *Arte textil y mundo andino*. Gisbert y Cia., La Paz.
- Harris, O.
1997 Los límites como problema: mapas etnohistóricos de los Andes bolivianos. En *Saberes y Memorias en los Andes: In Memoriam Thierry Saignes*, editado por T. Bouysson-Cassagne, pp. 351-373, IHEAL-IFEA, Lima.
- Hayashida, F.
1998 "New insights into inka pottery production. En *Andean Ceramics: Technology, Organization and Approaches*, editado por I. Shimada, pp. 313-335. MASCA Research Papers in Science and Archaeology, Supplement to Vol. 15. University of Pennsylvania Pennsylvania, Philadelphia.
- Helsley, A.
1986 Patrón de asentamiento y la ocupación Inka de Chayanta, Provincia Bustillo, Departamento de Potosí. Informe presentado al Instituto Nacional de Arqueología, La Paz.
- Hidalgo, J., V. Schiappacasse, H. Niemeyer F., C. Aldunate Del Solar y R. Solimano (Editores)
1989 *Culturas de Chile, Prehistoria desde sus*
- orígenes hasta los albores de la conquista*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.
- Hyslop, J.
1976 *An archaeological investigation of the Lupaca kingdom and its origins*. Tesis doctoral inédita, Department of Anthropology, Columbia University, Nueva York.
- 1984 *The Inka Road System*. Academic Press, Orlando.
- Ibarra Grasso, D. E.
1960 Prehistoria de Potosí. *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas* 1(2):1-30.
- 1965 *Prehistoria de Bolivia*. Los Amigos de Libro, La Paz.
- Ibarra Grasso, D. E. y R. Querejazu Lewis
1986 *30.000 años de prehistoria en Bolivia*. Los Amigos del Libro, Cochabamba.
- Krapovickas, P.
1973 Arqueología de Yavi Chico Provincia de Jujuy, República Argentina. *Revista del Instituto de Antropología*, pp. 5-22. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Krapovickas, P. y S. Aleksandrowicz
1987 Breve visión de la cultura Yavi. *Anales de Arqueología y Etnología* 41-42:83-127.
- Lathrap, D.
1955 An Archaeological Classification of Culture Contact Situation. *Memoirs of the Society for the American Archaeology* 11:1-30.
- Lecoq, P.
1987 Caravanes de lamas, sel et échanges dans une communauté de Potosi, en Bolivie. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 16(3-4):1-38.
- 1997a Patrón de asentamiento, estilo cerámico y grupos étnicos: el ejemplo de la región intersalar en Bolivia. En *Saberes y Memorias en los Andes: in Memoriam Thierry Saignes*, editado por T. Bouysson-Cassagne, pp. 59-89. IHEAL-IFEA, Lima.
- 1997b Algunos apuntes sobre la importancia de las caravanas de camélidos en el desarrollo de la ciudad de Potosí. *Yachay* 14:175-206.
- 1999 *Uyuni préhispanique*. *Archéologie de la*

- région intersalar (sud-ouest bolivien)*. BAR International Series 798, Paris Monographs in American Archaeology 4. British Archaeological Reports, Oxford.
- 2001 El Período Formativo en Potosí y el sur de Bolivia: un estado de la cuestión. *Textos Antropológicos* 13(1-2):231-263.
- Lecoq, P. y R. Céspedes
1997a Nuevas investigaciones arqueológicas en los Andes meridionales de Bolivia. *Revista de Investigaciones Históricas*, pp. 183-267. Universidad Autónoma "Tomás Frías", Potosí.
- 1997b Panorama archéologique des zones meridionales de Bolivie (Sud-est de Potosí). *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 26(1):21-61.
- Le Paige, G.
1978 Vestigios arqueológicos Inkaicos en las cumbres de la zona atacameña. *Estudios Atacameños* 6:36-52.
- Lorandi, A. M.
1992 La utopía andina en la fronteras del Imperio. En *Etnicidad, Economía y Simbolismo en los Andes. II Congreso Internacional de Etnohistoria, Coroico*, editado por S. Arze, R. Barragán, L. Escobar y X. Medinacelli, pp. 15-33. Hisbol/IFEA/SBH-ASUR, La Paz.
- Martínez, J. L.
1998 *Pueblos de chañar y de algarrobo. Los Atacamas en el siglo XVII*. DIBAM, Facultad de Filosofía y Humanidades, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago de Chile.
- Marulanda, R.
2001 Algunos trabajos arqueológicos en la región de Samaipata. Informe preliminar presentado a la Unidad Nacional de Arqueología, La Paz.
- 2003 *Archéologie et religion dans les Andes centrales; Archéologie régionale: le "Coude des Andes"; l'orient bolivien et le cas des roches sculptées*. Tesis doctoral inédita. Université de Paris 1, París.
- Mendoza, F., W. Flores y C. Letourneux (Editores)
1994 *Atlas de los Ayllus de Chayanta, Vol. 1. Territorio del Suni*, PAC, Potosí.
- Meyers, A.
1997 Reflexiones acerca de la periodización de la cultura Inka: perspectivas desde Samaipata, Oriente de Bolivia. En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 239-250. Sociedad Argentina de Arqueología, Buenos Aires.
- 2000 Samaipata, roche sacrée des Incas. *Archéologia* 372:51-57.
- Michel, M. R.
1999 *El Señorío Prehispánico de Carangas*. Tesis de Diplomado Superior en Derechos de los Pueblos Indígenas inédita, Universidad de la Cordillera, La Paz.
- 2000 El Señorío prehispánico de Carangas. Ponencia presentada en el Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Arica.
- 2001 *El Señorío prehispánico de Carangas*. En *Anales de la XIV Reunión Anual de Etnología (2000) Tomo 1*, pp. 191-207. MUSEF, La Paz.
- Monografía de Bolivia
1975 *Chuquisaca-Potosí, Tomo 1*. Biblioteca del Sesquicentenario de la República, La Paz.
- Morlon, P. (Editor)
1992 *Comprendre l'Agriculture paysanne dans les Andes Centrales, Pérou-Bolivie*. Editions de l'INRA, París.
- Morris, C.
1971 The identification of function in Inka architecture and ceramics. *Revista del Museo Nacional* 37:135-144.
- 1973 Establecimientos estatales en el Tawantinsuyu: una estrategia de urbanismo obligado. *Revista del Museo Nacional* 39:127-142.
- 1978 L'étude archéologique de l'échange dans les Andes. *Annales, Economie, Société et Civilisation* 33(5-6):936-947.
- Muñoz Reyes, J.
1980 *Geografía de Bolivia*. Librería Editorial Juventud, La Paz.
- Muñoz, I. y J. Chacama
1988 Cronología por termoluminiscencia para los períodos intermedios tardío y tardío en la sierra de Arica. *Chungara* 20:19-46.
- Murra, J. V.
1975 *Formaciones Económicas y Política del Mundo Andino*. Instituto de Estudios

- Peruanos, Lima.
- 1978 *La organización económica del Estado Inka*. Siglo XXI, México, D.F.
- 1985a The "Archipelago Vertical" Revisited. En *Andean Ecology and Civilization. An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*, editado por S. Mazuda, I. Shimada y C. Morris, pp. 3-14. University of Tokyo Press, Tokio.
- 1985b The Limits and Limitations of the "Vertical Archipelago" in the Andes. En *Andean Ecology and Civilization. An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*, editado por S. Mazuda, I. Shimada y C. Morris, pp.15-20. University of Tokyo Press, Tokio.
- Niemeyer F., H. y V. Schiappacasse
1981 Aportes al conocimiento del periodo tardío del extremo norte de Chile: análisis del sector Huancarane del valle de Camarones. *Chungara* 7:3-103.
- Nielsen, A.
1991 El dominio Inka en dos secciones del Kollasuyu: Aullagas y Valle Grande (Altiplano de Bolivia y Oriente de Humahuaca). *Comechingonia* 9:99-130.
1998 Evidencias de larga duración en la ocupación humana del altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia). En *Los desarrollos locales y sus territorios. Arqueología del NOA y sur de Bolivia*, editado por M. B. Cremonese, pp. 65-102. Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.
1999 Primeras evidencias de la presencia Inka en el Altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia). En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Tomo I*, pp. 280-293. Sociedad de Arqueología Argentina, Buenos Aires.
- Núñez Atencio, L. y T. D. Dillehay
1995 *Movilidad giratoria, armonía social, desarrollo en los Andes Meridionales. Patrones de tráfico e interacción Económica (Ensayo)*. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo San Pedro de Atacama, Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- Pärssinen, M.
1992 *The Inka State and its Political Organization*. Societas Historica Finlandiae, Helsinki.
2000 L'arrivée des Incas en Bolivie. *Archéologia* 363:32-39.
- Pärssinen, M. y A. Siiriäinen
1997 Inka-Style Ceramics and their Chronological Relationship to the Inka Expansion in the Southern Lake Titicaca Area (Bolivia). *Latin American Antiquity* 8(3):255-271.
- Platt, T.
1978 Symétrie en miroir. Le concept de yanantin chez les Macha de Bolivie. *Annales, Economie, Société et Civilisation* 33(5-6):1081-1107.
1987 Entre *ch'axwa* y *muxsa*. Para una historia del pensamiento político Aymara. En *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*, pp. 61-132. Hisbol, La Paz.
- Platt, T., T. Bouysse-Cassagne, O. Harris y T. Saignes (Editores)
2003 *Qaraqara/Charca: Fuentes para el estudio de una confederación Aymara (siglos XV-XVII)*. CDA-IDEA-Hisbol, La Paz. (En Prensa).
- Prado, T.
1994 Relación Histórica de la evolución urbana. En *Plan de Rehabilitación de las áreas históricas de Potosí: estudio urbano, Vol. 1*, Cap. 2. Honorable Alcaldía Municipal, CORDEPO, IBC-Agencia Española de Cooperación Internacional, Sociedad Estatal para el V Centenario, Potosí.
- Raffino, R. A., R. J. Alvis, D. E. Olivera y J. R. Palma
1986 La instalación Inka en la sección andina meridional de Bolivia y extremo boreal de Argentina. En *El Imperio Inka: actualización y perspectivas por registros arqueológicos y etnohistóricos*, editado por R. A. Raffino, pp. 63-131. Comechingonia, Córdoba.
- Rasnake, R.
1989 *Autoridad y poder en los Andes. Los Kuraqkuna de Yura*. Hisbol, La Paz.
- Reinhard, J.
1983 Las montañas sagradas: un estudio etnoarqueológico de ruinas en las altas cumbres andinas. *Cuadernos de Historia* 3:27-62.
- Renard-Casevitz, F. M., T. Saignes y A. C. Taylor Descola
1986 *L'Inca, l'Espagnol et les sauvages*. Editions Recherche sur les Civilisations, Synthèse No. 21, París.

- Rivera Casanovas, C.
1994 Desarrollo cultural prehispánico. En *Atlas de los Ayllus de Chayanta, Vol. 1*, editado por F. Mendoza, W. Flores y C. Letourneux, pp. 8-13. Territorio del Suni, PAC, Potosí.
- Rivera Casanovas, C. y M. R. Michel
1995 Proyecto Valles del Sur. Informe de Excavaciones 1994. La Paz, 41 pp.
- Rowe, J.
1944 *An Introduction to the Archaeology of Cuzco*. Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology Vol. 27, No. 2. Harvard University, Cambridge, Massachusetts.
- Ruiz, M.
1998 *Los Inkas, Espacio y Cultura*. Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.
- Saignes, T.
1985 *Los Andes orientales: historia de un olvido*. Ceres, IFEA, La Paz.
1991 *Alter ego, naissance de l'identité Chiriguano*. Cahiers de l'Homme, Ethnologie, Géographie, Linguistique, Dijon, Quetigny.
- Schiappacase V., A. Roma, I. Muñoz, A. Deza y G. Focacci
1991 Cronología por termoluminiscencia de la cerámica del extremo norte de Chile: primera parte. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 43-59. Museo Nacional de Historia Natural, Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago de Chile.
- Sherif, F.
1979 Cartografía climática de la región andina boliviana. *Revista Geográfica* No. 89.
- Soto Quiroz, V. G.
2000 Los ayllus del sudoeste potosino en la Provincia Antonio Quijarro (Una aproximación a sus conflictos contemporáneos). En *Anales de la XIII Reunión Anual de Etnología (1999)*, pp. 383-395. MUSEF, La Paz.
- Stanish, C.
1992 *Ancient Andean Political Economy*. University of Texas Press, Austin.
- Stobart, H.
1988 The Pinkillos of Vitichi. Manuscrito inédito en posesión del autor, 137 pp. Londres.
- Van Buren, M.
1999 Tarapaya: An Elite Spanish Residence near Colonial Potosí in Comparative Perspective. *Historical Archaeology* 33(2):101-115.
2003 Perspectivas arqueológicas sobre la producción Inca y española de plata en Porco, Bolivia. *Revista de Investigaciones Históricas*. (En Prensa).
- Watchel, N.
1980 Les mitimaes de la vallée de Cochabamba, la politique de colonisation de Huayna Capac. *Journal de la Société des Américanistes* 66:297-326.

Notas

1. Para mayores detalles sobre las técnicas utilizadas durante la realización de estas prospecciones, recomendamos al lector consultar los informes presentados al Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba y Lecoq (1999: Caps. 2, 4).

2. Quisiera indicar que la gran extensión de la zona impidió recorrerla toda. Tratándose de una prospección pionera, nuestra primera meta era de tener una idea global de la cantidad de asentamientos prehispánicos en esta región, para después fecharlos y profundizar el estudio. Por lo tanto, muchos sitios no fueron ubicados, especialmente los asentamientos de reducida superficie, sin estructuras arquitectónicas o los que estaban localizados lejos de las carreteras o caminos, sobre los cuales no disponemos de información. Los numerosos sitios recién encontrados en los alrededores de Porco por otros investigadores (Van Buren 2003, Este Volumen) nos muestran las limitaciones de este tipo de prospección.

3. La arqueología de la región de Camargo fue estudiada por Rivera Casanovas y Michel (1995) y el material presenta algunas similitudes con la cerámica Chicha o Yavi (Krapovikas y Aleksandrowicz 1987).

4. Refiriéndome al estudio de Berthelot (1978) sobre la explotación minera en el Período Inka, con la extracción en pozos, de poca profundidad, con ayuda del agua para limpiar la tierra y separarla del mineral, es muy probable que en Porco se haya dado una explotación superficial, recogiendo el mineral a flor de tierra o a poca profundidad, no dejando evidencias arqueológicas

claras. Las mismas pudieron haber sido destruidas posteriormente por la explotación colonial y republicana de las minas de Porco.

5. Es también en esta amplia zona, antiguamente controlada por los Wisijsa, que se desarrolló más tarde la fabricación y la utilización de un instrumento de viento muy singular que pertenece a la familia de los pinkillos: el *lawato* y su derivado el *rollano* (Stobart 1988). La distribución de este instrumento en el área corresponde, justamente, a la de los Wisijsa, lo que podría brindarnos algunas informaciones sobre su antigüedad.

6. La ocupación Inka representa 16% de los 119 sitios registrados. En comparación, el Período Intermedio Tardío presenta el 44% (83 sitios), el Horizonte Medio el 29% (54 sitios), y el Período Formativo el 7% (13 sitios). El resto de los sitios son acerámicos (Lecoq y Céspedes 1997a, 1997b).

7. Cuando visitamos este sitio en 1983, era un campo abierto, con áreas de cultivo, que presentaba varias concentraciones de cerámica

en superficie. Desde entonces, muchas casas fueron construidas encima, y hoy en día, forman parte integrante de los barrios occidentales de la ciudad de Potosí.

8. Este tipo de pasta se asemeja al tipo No. 4, descrito en trabajos anteriores (Lecoq y Céspedes 1997a, 1997b).

9. Muchos años antes, los grupos de elites Tiwanaku que controlaban este sitio ceremonial y los valles de Cochabamba parecen haber sido los primeros en aplicar esta estrategia. Asimismo, los sitios de tradición Tiwanaku que hemos encontrado cerca a poblaciones locales potosinas en Puna y Yura (Céspedes y Lecoq 1997; Lecoq y Céspedes 1997a) atestiguan que para lograrlo, mandaron emisarios o poblaciones de *mitimaes* desde Cochabamba, en varios lugares de esta región. La rica tumba hallada cerca de Pulacayo, con material orgánicos (un textil *unku*, sombreros de 4 puntas, tabletas de rape, hoy expuesto en el museo de Asur, en Sucre) confirma el interés de los dirigentes Tiwanaku establecidos en Cochabamba en suministrar esta área y las regiones meridionales de su territorio.